

CRISTIANDAD

Año XXVI - N.ºs 463-464

BARCELONA

SETIEMBRE-OCTUBRE 1969

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B 15860 1958



SUMARIO

LUCES Y SOMBRAS, TRIGO Y CIZAÑA

F. C. V.

¿HUBIERA SIDO MEJOR NO CELEBRAR EL CONCILIO?

Arzobispo de Barcelona
(Frag. conferencia)

LA DESCOMPOSICION DEL CATALICISMO

Louis Bouyer

EL CAMPESINO DEL GARONA

Jacques Maritain

CORDULA

Hans Urs von Balthasar

LA ORACION PERSONAL

Aloc. de Paulo VI

EL SANTO PADRE PAULO VI EN EL CORAZON DE AFRICA

Un discipulo

LA FIESTA DE CRISTO REY CORONAMIENTO DEL AÑO LITURGICO

Roberto Cayuela, S. I.

UN ROSARI INOBLIDABLE

B. Guasp, Pr.

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA - XVII. ALEMANIA: EL IMPERIO ANTITEOLOGICO. AUSTRIA-HUNGRIA: EL IMPERIO PATERNAL Y AMENAZADO

Luis Creus Vidal

LA TRADUCCION

DEL CANON ROMANO DE LA MISA

Antonio Udina Martorell, S. I.

ADMINISTRACIÓN: Diputación, 302, 2.º

Teléfonos 222 24 46 y 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

LUCES Y SOMBRAS, TRIGO Y CIZAÑA

¿Hubiera sido mejor no celebrar el Concilio? La pregunta, expresión desconcertante de una perplejidad sentida por muchos, *está* en el ambiente y en este sentido se plantea por sí misma. A pesar de ser, en una perspectiva de profundidad, una pregunta que parece conmover los cimientos de la fe.

Pero precisamente surge por el hecho de que la actual crisis de la fe y de la vida cristiana ha sido causada universal y multiformemente en estos últimos años *también* y muy característicamente por corrientes y actitudes que invocan el Vaticano II, o que se pusieron en marcha en torno a la llamada "línea conciliar".

Reconozcamos desde luego que se invoca falsamente "lo que no ha dicho el Concilio". Queda no obstante planteado el problema de las razones que han facilitado la realización de la obra del demonio en nombre de Dios; o más exactamente — puesto que a veces forma parte del *mensaje* el anuncio de que *Dios ha muerto* — en nombre de la Iglesia postconciliar.

No conviene rehuir el trabajo y la reflexión ardua y difícil que se nos exige. Una hipótesis que no puede descartarse es la de la conexión entre la "línea mayoritaria", por lo menos en su presencia pública y "periodística", con la corriente modernista, el catolicismo liberal y en definitiva con la "oposición" del Vaticano I.

Pero con esto no estaría dicho todo. Y es urgente afrontar valiente y humildemente el peso y la complejidad de los datos. La inserción en las páginas de esta revista de algunos pasajes muy significativos de Louis Bouyer, Maritain y Hans Urs von Balthasar intenta ofrecer al lector datos para una meditación.

* * *

La Descomposición del catolicismo se titula el libro de Bouyer. No profetiza contra la Iglesia católica; lo que entiende por catolicismo — ese término reciente e impropio que ha suplantado y deformado el sentido de otros como "fe cristiana", "doctrina católica", "doctrina sagrada" — es una concreta mentalidad o ideología que sí está probablemente en quiebra, tal vez definitiva.

"Tenemos en primer lugar necesidad de ver claro", nos dice Bouyer. En las páginas que reproducimos hallamos tremendas verdades sobre el desconcierto producido por la tiranía de la publicidad y sobre las mitologías que rigen el neotriunfalismo que ha convertido la apertura al mundo en el abandono de Dios.

Los "desmitificadores" que niegan la resurrección y el nacimiento virginal de Cristo son los que volatilizan en pura mitología el mensaje cristiano. Ya no tiene sentido la cuestión de la divinidad, que es algo así como un símbolo tribal de edades inmaduras. Los que no quieren mirar más que el punto omega se interesan sólo por el porvenir y por la novedad de lo conseguido por el esfuerzo colectivo de los hombres.

No se puede servir a dos señores. Para el nuevo cristianismo horizontal y desacralizado el servicio de Dios se opone a la "consagración" del mundo.

Entretanto los entusiastas de esta conversión al mundo muestran desconocer en su delirante imaginación — así les acusa Bouyer — los problemas reales de la humanidad de hoy, "que hay que recordar que no está sólo compuesta de imbéciles".

* * *

"El campesino del Garona", es decir, Jacques Maritain, llama a nuestra conciencia para que caigamos en la cuenta de que, mentirosamente alegando el espíritu del Concilio y de Juan XXIII se ha acelerado la apostasía "inmanente" a la Iglesia alentando esperanzas oscuras y bajas.

La paternidad de esta mentira es atribuida por Maritain sencilla y rotundamente al "padre de la mentira" en quien no cree ya la "nueva fe" liberada de los errores del pasado.

El éxtasis idolátrico ante el mundo, la adoración de "nuestro tiempo" encuentran en Maritain un adversario genial y potente, con actitud espiritualmente "atanasiana".

Nuestra revista quiere volver sobre el tema y se siente comprometida a continuar la reflexión en torno a todos los

aspectos, también con los que está en desacuerdo con el autor, de una obra que se pretende silenciar pero que ha constituido "irreversiblemente" un acontecimiento en la vida cristiana de nuestro tiempo.

* * *

Los fragmentos de *Córdula*, la obra de Hans Urs von Balthasar, publicada en castellano con el título *Seriedad con las cosas*, son ciertamente de difícil lectura. No se pretende aquí más que despertar la atención e invitar al estudio completo de la obra a quienes se sientan tentados por el tema.

Quisiéramos sólo sugerir en una fórmula sintética la que nos parece ser la intención nuclear del libro. Se trata de discernir los espíritus. El falso cristianismo nuevo no puede ser el auténtico porque no soporta tal discernimiento. La piedra de toque del criterio de este juicio es la plenitud de vida capaz de disponer a la muerte como martirio, como testimonio de la fe.

Sólo la fe verdadera, la fe del pueblo de Dios — sí, queremos decir la que se expresa también en el "Credo" de Paulo VI — es capaz de soportar favorablemente este discernimiento.

F. C. V.

Un cúmulo de razones nos induce a dirigir a la Iglesia nuestra exhortación a la invocación del patrocinio maternal de la Virgen, de un modo especial durante este mes de octubre en que se celebra la fiesta del Santo Rosario... y nos urge recordar a vuestra piedad la conveniencia de que todos nosotros tomemos en las manos la corona del Rosario, y lo recitemos con la sencillez y el fervor de los humildes, de los pequeños, de los devotos, de los afligidos, de los confiados; sí, recitémoslo por la paz en la Iglesia, por la paz en el mundo... Recurramos a María para llegar a Jesús. Para nosotros, discípulos de la Iglesia, este recurso no tiene nada de extraño, nada de ilógico, nada de vano. Sabemos bien que uno sólo es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús «que se dio a Sí mismo como precio por el rescate de todos», solamente Cristo es causa de nuestra salvación, pero sabemos también que la economía de la salvación ve una cooperación humana «dispositiva y ministerial», dice Santo Tomás, la que admite una preparación y una introducción a la fuente de la gracia, una intervención no causante, sino facilitante, estupendamente apropiada a la circulación de la caridad, a la comunión, a la solidaridad vigente en el plan divino de nuestra salvación. Llamamos intercesión a la intervención, que tiene tanto peso en el culto de los Santos, y obviamente también, en grado eminente, el que se debe y se tributa de un modo especial y justísimo a la Virgen María, a Ella, que más que ninguna otra criatura, forma parte — ¡y qué parte!, única, activa, santísima —, en la Encarnación, y en la participación en la pasión redentora de Jesús.

Por eso repetimos con nuestro grande predecesor León XIII nuestro oficio apostólico en «la difícilísima condición de los tiempos presentes cada día nos induce y casi nos empuja a proveer con tanta mayor premura a la incolumidad de la Iglesia cuando más graves son sus pruebas»... Tenemos necesidad de que la Virgen nos ayude...

(Frag. de la alocución de Pablo VI. *L'Osservatore Romano*, 9 de octubre de 1969.)



¿HUBIERA SIDO MEJOR NO CELEBRAR EL CONCILIO?

Nos encontramos hoy, ante un panorama en la vida de la Iglesia, que preocupa hondamente. A veces parece que más bien el horizonte se encuentra dominado por las sombras en lugar de la luz y, sin embargo, yo voy a hablaros de sombras y de luces porque pienso que un cristiano que tenga fe nunca puede dejarse abatir por el pesimismo y en ningún instante su mirada debe contemplar solamente aspectos negros. Si fuera así, algo esencial fallaría en la vida de la Iglesia, que es la presencia de Cristo en la misma, del cual brota siempre la luz forzosamente.

Pero hay turbación en el momento actual y la hay precisamente como consecuencia no querida de este fenómeno grandioso, de importancia trascendental en la vida de la Iglesia, que es el Concilio Vaticano II. Hasta tal punto, que muchos se preguntan hoy, comparando la situación actual de la Iglesia con la anterior al Concilio, si no hubiera sido mejor que no se hubiera producido tal hecho, y haber seguido viviendo en aquella paz, real o aparente, que disfrutaban los espíritus.

Mi respuesta es la siguiente: Suceda lo que suceda hoy, tenemos que bendecir a Dios por haberse celebrado el Concilio Vaticano II y hemos de llenar nuestro corazón de esperanza, y no limitarnos a lamentaciones estériles e inoperantes, sino hacer todos un esfuerzo de reflexión para explicarnos los hechos que están sucediendo y comprenderlos dentro del misterio de la Iglesia, tomando cada uno las determinaciones que nos corresponda tomar. En este orden de cosas, me parece fuertemente ilustrativo referirles lo que yo mismo oí al Santo Padre, en la audiencia que tuve con él recientemente.

Él, como Pastor Supremo de la Iglesia y como hombre que recoge en su corazón y pensamiento todas las preocupaciones del momento actual, sufre más que nadie, pero, sin embargo, su esperanza no se ha abatido un solo instante. “Yo esperaba — me dijo — que después del Concilio habría en la Iglesia un momento, sí, de mucho trabajo, de un esfuerzo inmenso por parte de todos, pero con paz, con una paz que desde el primer momento haría resplandecer el rostro sereno de la Iglesia que hemos querido descubrir en el Concilio; pero no ha sido así”. Citó unas palabras del Evangelio: “Inimicus homo hoc fecit”. Es la parábola del trigo y la cizaña; “ha venido el enemigo y, por la noche, ha sembrado cizaña entre el trigo”. “Esto es obra del demonio — dijo —, es obra del demonio”.

”Por todas partes aparecen grupos de agitación y actitudes inconcebibles hace nada más que tres años, pero, sin embargo, no debemos nunca desesperar. Nos salvará lo que siempre ha salvado a la Iglesia de Cristo: los santos, la santidad. Hay que hacer una labor de profundidad en los espíritus y por ahí buscar la sana reacción, la cual vendrá únicamente del contacto interior de las almas fieles con Cristo nuestro Señor, que es quien rige a la Iglesia”. Y lo decía con lágrimas en los ojos.

Con esto quiero daros a entender que, en efecto, existen motivos de preocupación, pero que no debemos asustarnos ni dejarnos vencer por una cobardía prematura, sino reaccionar con humildad y con propósito de vivir las exigencias de nuestra fe en un intento serio de aspirar a una vida más cristiana y más santa.

(Fragmento de *Luces y sombras en la Iglesia de hoy*, conferencia de M. MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, Arzobispo de Barcelona.)

“LA DESCOMPOSICION DEL CATOLICISMO”*

El Pontificado de Juan XXIII y el Concilio parecían haber inaugurado para la Iglesia católica una inesperada renovación. Parecía que el redescubrimiento de la Escritura y de los Padres de la Iglesia, el movimiento litúrgico, el ecumenismo, y un redescubrimiento de la Iglesia por un retorno a las fuentes de la teología y de la catequesis, conjugado con una decidida apertura a los problemas científicos, culturales y sociales del mundo contemporáneo —parecía que todo esto, de lo que se ocupaba sólo una élite, fácilmente sospecha en la cima y todavía poco influyente sobre la masa, iba repentinamente, o rápidamente al menos, a ganar todo el cuerpo después de haberse impuesto en los dirigentes. Han pasado pocos años, pero, hay que reconocer que el curso de los acontecimientos no parece haber correspondido a esta expectación. A menos de cerrar los ojos, hay que decir incluso con franqueza que lo que estamos viendo se parece mucho menos a la regeneración que se daba por supuesta que a una descomposición acelerada del catolicismo.

(...)

Sin intentar dramatizar, hay que reconocer que hemos llegado una vez más (y tal vez más que nunca) a una de estas vueltas de la historia en las que, si la Providencia quiere una vez más venir en socorro nuestro, no lo hará más que suscitando hombres cuya lucidez esté a la altura de las circunstancias, y cuyo valor sea proporcionado a su penetración.

Tenemos en primer lugar necesidad de ver con claridad... La nueva prensa católica no ha tardado en segregar un “neotriunfalismo” que no vale más que el antiguo, y que es posiblemente peor. Un semanario francés, que se titula católico, nos informaba recientemente de que la renovación posconciliar no ha penetrado todavía verdaderamente la Iglesia de España, lo probaba según este criterio: no ha disminuido mucho todavía el número de vocaciones sacerdotales y religiosas (!). Cuando se llega a este punto de vista en el que los síntomas de persistencia de salud son interpretados como si indicasen una particular gravedad, es preciso que el mal esté muy avanzado, pero es el espíritu del médico el que está evidentemente enfermo.

Este rasgo, que podría parecer simplemente cómico, revela uno de los aspectos más significativos de la crisis en que estamos. No sé si el Concilio nos ha librado, como se nos dice, de la tiranía de la Curia romana, pero lo

que es cierto es que nos ha entregado, lo quisiese o no, a la tiranía de los periodistas, y particularmente de los más incompetentes y de los más irresponsables.

(...)

Por mucho que se respete a nuestros obispos y a la buena conciencia con la que quisieron cumplir su tarea conciliar, hay que decir que muchos de entre ellos no estaban preparados a actuar bajo las ráfagas de una publicidad tan ruidosa... no hay que admirarse si en estas condiciones muchas de sus palabras y gestos estuvieran condicionadas, mucho más de lo que ellos mismos advertían, por el deseo de gustar a sus nuevos dueños... hay que darse cuenta de que, si en este Concilio como en todos los precedentes, las intrigas y facciones internas no han sido su aspecto más edificante, este nuevo género de presiones externas, sin duda porque se trataba de un hecho nuevo, no ha sido menos dañoso que había podido ser, en el pasado, la intervención violenta de los emperadores o de los diversos poderes políticos.

(...)

Los dos virus, en verdad no nuevos, ni exclusivamente católicos, pero que se han apoderado bruscamente del catolicismo contemporáneo, y han encontrado su caldo de cultivo ideal en la prensa moderna, son la mitología como sustituto del análisis de lo real, y los slogans ocupando el lugar del pensamiento doctrinal...

Se puso de manifiesto esto desde las primeras Sesiones del Concilio y en los relatos pronto vulgarizados. Su ingenuo maniqueísmo no conocía otros colores que el blanco y el negro. Por una parte “los malos”, italianos todos, aparte de algunos españoles e irlandeses. Por otra los “buenos”, todos ellos no italianos, con una o dos excepciones. De un lado los Ottaviani, los Ruffini, los Brown, los Heenan; de otro los Fring, los Leger, los Suenens, los Alfrink por no citar más que los “purpurados”. Los unos uniformemente retorcidos, estúpidos, mezquinos; los otros igualmente puros, inteligentes, generosos.

La mitología así creada ofrecía un cómodo apoyo a los slogans. De un lado, la tradición, identificada al oscurantismo más insensato. Del otro lado, toda novedad era una luz sin sombra. La autoridad contra la libertad (y recíprocamente); la doctrina opuesta a la pastoral. El ecumenismo anulaba (lo que es ciertamente pintoresco) la preocupación por la unidad y sobre todo por la unicidad de la Iglesia.

* De Louis Bouyer, Ed. Aubier Montaigne, 1968, págs. 7, 8 a 10, 11, 18, 20 a 26, 63 a 68, 137 y 138.

(...)

Esta reducción del Concilio, y todavía más de lo que vino después de él a un conflicto entre ovejas sarnosas y corderos sin mácula ha hecho perder de vista el papel esencial de la mayoría de los verdaderos artífices de la obra conciliar. Y lo más grave es que ha desorientado los espíritus acerca de los problemas de que verdaderamente se trataba, divirtiéndoles por oposiciones superficiales, cuando eran reales, y cuyo exacto sentido no se ha puesto casi nunca en claro. Las personas pasan, pero los problemas permanecen. Por eso la mitología conciliar y posconciliar es tanto más nociva cuanto que encubre directamente los problemas.

(...)

El servicio. Es una gran verdad que hemos heredado de la época barroca, no solamente una concepción de la Iglesia y de su Jerarquía dominada por la noción medieval tardía de poder, sino un aspecto ostentoso, que olía a arrivista más que ser efectivamente real o señorial. No todo el mundo puede jugar a Rey-Sol impunemente. Pero todos los "príncipes" de la Iglesia habían adoptado como estilo que se les imponía, aunque personalmente fuesen personas muy sencillas, una especie de realeza de derecho divino y parecía que no podían respirar otro aire que el de Corte.

(...)

Es pues tiempo, y más que tiempo, primeramente de acordarse que la jerarquía es un "ministerio", es decir, un "servicio", puesto que representa entre nosotros a Aquel que, aunque "el Señor y el Maestro", no quiso tomar al encarnarse más que el lugar de un "Servidor".

(...)

Todo esto es bello y bueno. Desgraciadamente también en esto nosotros descendemos del Evangelio a la mitología, y parece que los católicos modernos sean incapaces, cuando dicen "servidor", de pensar en otra cosa que en "criado". Podría preguntarse si su triunfalismo de ayer no era, en sí mismo más que una mentalidad de "criados" que se pavoneaban bajo sus vestiduras galonadas tratando de olvidar que no eran más que el vestido suntuoso de su alienación. La mentalidad no parece haber cambiado, solamente sus formas exteriores se han puesto a la moda del día.

Decir que los ministros de la Iglesia, empezando por sus jefes, son servidores, ha venido a significar que ya no habían de tomar sus responsabilidades de dirigentes y doctores, sino seguir al rebaño en vez de precederle. Se atribuye a un coronel de la guardia nacional, asistiendo pasivamente a la desbandada de su tropas durante la revolución de 1848, esta sabrosa frase: "¡Puesto que soy su jefe, estará bien que les siga!". A veces (¿no sería mejor decir más bien con frecuencia?) se tiene la impresión de que los obispos hoy día, seguidos de todos nuestros doctores de la ley, han hecho de esta frase un

divisa. Sacerdotes y fieles pueden decir no importa que, hacer no importa que, pedir no importa que: "*Vox populi vox Dei*". Se bendice todo con perfecta indiferencia todo aquello que habría sido vil antes del concilio. "¿Qué es la verdad?" dijo Pilatos. Los responsables no parecen tener otra contestación-refleja que un "¡Todo lo que queráis amigos míos!". El Reino de Dios pertenece a los violentos que se apoderen de él: se diría que esta palabra ahora se comprende en este sentido demasiado fácil de que el Reino de Dios, ha sido puesto a subasta.

(...)

Pero lo peor no es esto. Está en que se han llegado a hacer la idea de que la Iglesia está al servicio del mundo. La Iglesia, dirán, no ha de convertir el mundo sino convertirse ella al mundo. No tiene nada que enseñar sino estar a la escucha. Pero preguntaréis ¿y el Evangelio de salvación? ¿no tiene la Iglesia toda la responsabilidad ante el mundo? ¿no es esta aportación lo que constituye lo esencial de su servicio? ¡Vamos pues! ¡Lo hemos cambiado todo! Como dice el título de un volumen típicamente post-conciliar "la salvación sin el Evangelio" ha venido a ser nuestro evangelio. Incluso, pues estamos aquí como en una partida de póker donde el "bluff" de unos no hace más que excitar el de los otros, la fórmula ya se ha superado. Como me decía estos días uno de nuestros nuevos teólogos, la idea misma de salvación es un insulto al mundo, en tanto que creación de Dios: ¡el hombre de hoy no puede aceptarla! ¡no hablemos más! Pero esto ¿será suficiente? ¿El hombre de hoy no considerará aún más intolerable la suposición o la insinuación de ser él una criatura de Dios? Dios ha muerto ¿no lo sabe Vd.? ¿Es que Vd. no lee las publicaciones católicas "dans le vent"? Y si Dios ha muerto ¿hay mucho más motivo para que se le tenga por creador?

(...)

Los católicos de ayer eran incapaces de recibir ninguna lección del mundo. Pero ahora están persuadidos que el mundo como decía Mussolini, "*tiene siempre razón*". Pero olvidan que el mundo no sólo está compuesto de imbéciles, y que todo lo que tiene en sí de lúcido se plantea cuestiones cada vez más angustiosas. Si la Iglesia puede aún tener un sentido para el mundo de hoy, es suponiendo que ella es capaz de responder, o lo que puede ser aún más importante, de ayudarle a plantear por fin las verdaderas cuestiones. ¿Qué quieren que haga ante esa banda de histéricos chiflados con la idea de que no hay problema que el mundo no haya resuelto, o esté en camino de resolver?

El *aggiornamento* va emparejado con la apertura al mundo, aunque la sobrepasa. Lo que quería Juan XXIII, lo que el Concilio, tanteando, como era inevitable, pero en suma con todo vigor, había ensayado emprender fue aquello del escriba prudente que busca *nova et vetera* en

un tesoro que había olvidado frecuentar, por lo muy ocupado que había estado guardándolo y defendiéndolo como un dragón arisco agazapado sobre un inútil monigote. Y para responder en fin a las necesidades del momento era necesario empezar volviendo a encontrar las necesidades de siempre. El *aggiornamento* que se nos propone, y pretenden imponernos consiste simplemente en despachar toda la tradición para saltar al cuello de un futurismo del que nadie sabe ciertamente como será. Pero la misma idea de una historia que no va hacia su fin más que aboliendo su pasado es de aquellas que los pensadores más modernos han hecho justicia.

(...)

Esos católicos que no quieren mirar más que el punto omega, no pueden conservar a Cristo más que volatilizándolo en la pura mitología. Lo que ha dicho, lo que ha hecho, lo que es y permanece para siempre no les interesa. No lo retienen más que como un símbolo tribal vacío de todo contenido propio y que están prontos a estampillar no importa que, con tal de que sea o parezca nuevo. No les preguntéis si creen aún en su divinidad; os contestarán airados que están más allá de esta cuestión. Sólo les interesa el porvenir de la humanidad, es decir, lo que la nuestra, llegada a edad adulta, tomando en su mano sola su destino, puede llegar a ser (es igual por otra parte que sea un superhombre, o un mono con un ojo en la punta de la cola, con tal que sea nuevo o tenga el aire de serlo).

Jesús no tiene otro sentido para ellos que ser la promesa y el premio de esas mutaciones que nos dicen inminentes.

Mas Dios mismo, para esos neo-adoradores del mundo, está muerto. Él lo había dicho bien claro que no se podía servir a dos Señores. Ellos han elegido. El mundo, Mammon, les ha tenido en seguida en torno a él. Como me lo decía no hace mucho una religiosa de la nueva ola: "Yo, mi religión no conoce más que la dimensión horizontal". Solamente la dimensión horizontal, ella sola, nunca ha hecho una religión. Se ha desequilibrado la religión después de haber vendido lo sagrado. Pero como en un cristianismo desacralizado, nada tenían que hacer ni Cristo ni la fe, ni hay más de él que la simple historia en un mundo arreligioso, en fin "consagrado" en lo más profano, Dios evidentemente, se convierte en el vocablo más vacío de sentido que pueda ser.

Después de esto no nos asombremos al conocer que el nacimiento virginal no quiere decir nada a una huma-

nidad a la vez erótica y contraceptiva, que la fe en la resurrección debe traducirse hoy por la fe en la revolución, que palabras como salvación o redención no pueden tener otro sentido que ofender la signi-ficancia de nuestros contemporáneos, que incluso un término bíblico tan profundamente humano como el paulino "reconciliación" debe ser desterado ("¿por qué?" — pregunté inocentemente, al clérigo inquieto que me lo decía ayer mismo — "¿Y qué hace Vd. de la lucha de clases?" me contestó)... Pero sobre todo de lo que no se puede hablar es de misterio! ¡Pobre gente, que creen haber descubierto el mundo y aún no se han dado cuenta de que el misterio que ellos han arrojado de la religión, o mejor dicho que habían creído arrojarlo con la religión, les espera!... Como ya lo decía Orígenes, "el que ha descubierto lo que hay de misterio en el mundo no se asombrará del que hay en la religión". Mas al revés, aquellos que no pueden soportar la revelación, por sus misterios, no pueden evitar encontrar el misterio en el mundo más que bautizando "mundo" al último producto de su imaginación enferma. Decididamente no es fácil a los católicos como creen volverse al mundo, toda vez que apertura al mundo haya de ser la conversión a lo real.

(...)

Es preciso en fin sacudir las ilusiones consoladoras o anestésicas. Si no hay "salvación en el Evangelio", no hay "cristianismo anónimo", no hay "Iglesia implícita". Esto son quimeras que cristianos agotados se han forjado para dispensarse de obrar en una tarea que se les impone pero que tienen conciencia de haber perdido los medios.

Para que el mundo sea salvado, en el sentido evangélico, es preciso primero creer que hay necesidad de que lo sea. Después creer, no digo que *nosotros* tengamos los medios, pero que Dios los tiene, que nos los ha revelado, sin que en ello tengamos ningún mérito; y que nos los ha confiado. Nosotros no creemos nada de todo aquello. Y una tarea bizantina a la que la teología contemporánea se consagra preferentemente es la de convencernos que a despecho de las declaraciones evangélicas o apostólicas más claras referentes a esto, no nos tiene que preocupar. Mientras persistamos en esta actitud, no solamente el mundo no será evangelizado sino que nuestra misma salvación nos escapará. El cristianismo desacralizado es un cristianismo en el que Dios no se manifiesta; un cristianismo que no quiere ser una religión es un cristianismo que ha abandonado a Dios; un cristianismo sin Dios no es cristianismo.

“EL CAMPESINO DEL GARONA”*

Teniendo en cuenta la fiebre neomodernista (1) (era necesario que yo tocara este punto; lo he advertido más arriba) fiebre muy contagiosa, por lo menos en los círculos que se llaman “intelectuales” y frente a la cual el modernismo del tiempo de Pío X no era más que un modesto resfriadillo, fiebre que se manifiesta sobre todo en los pensadores más avanzados de entre nuestros hermanos protestantes (2), pero que es también activa en los pensadores católicos igualmente avanzados, esta segunda descripción nos presenta el cuadro (3) de una especie de apostasía “inmanente” (quiero decir, decidida a permanecer cristiana a toda costa) que se venía preparando desde hacía muchos años, y cuya manifestación — mentirosamente imputada, a veces, al “espíritu del Concilio” y hasta al “espíritu de Juan XXIII” — ha sido acelerada por algunas esperanzas oscuras de las partes bajas del alma suscitadas por doquier con motivo del Concilio. Sabemos bien a quien viene correspondiendo la paternidad de esas mentiras (y tanto mejor si por ese lado, el hombre se encuentra un poco libre de culpa). Pero precisamente ya no se cree en el diablo ni en los ángeles malos; ni en los buenos, por supuesto. Estos no son sino los supervivientes etéreos de una imaginación babilónica.

A decir verdad, el contenido objetivo al que se adhería la fe de nuestros antepasados no es más que un mito; como lo es también, por ejemplo, el pecado original (¿acaso no consiste hoy nuestra gran tarea en barrer el complejo de culpabilidad?); y como lo es el Evangelio de la Infancia, y la resurrección de los cuerpos, y la creación. Y como lo es, claro está, el Cristo histórico. El método fenomenológico y la escuela de las formas lo han cambiado todo. La distinción entre la naturaleza y la gracia es una invención escolástica, y lo mismo la transubstanciación. Y ¿a qué tomarse el trabajo de negar el infierno, cuando es más sencillo olvidarlo? y, probablemente, es también eso lo mejor que se puede hacer con la Encarnación y con la Trinidad. Francamente ¿es que la masa de nuestros cris-

tianos piensa alguna vez en esas cosas o en el alma inmortal y en la vida futura? La cruz y la Redención, última sublimación de los antiguos mitos y ritos inmolatorios, deben ser considerados como los grandes y emocionantes símbolos grabados para siempre en nuestra imaginación, del esfuerzo y de los sacrificios colectivos necesarios para llevar la naturaleza y la humanidad al grado de unificación y de espiritualización — y de poder sobre la materia —, en el que al fin serán liberados de todas las antiguas servidumbres para entrar en una especie de gloria. ¿Será entonces vencida la muerte? Quizá la ciencia encontrará el medio (¿por qué no?, ya lo soñaba Descartes) de hacernos inmortales; sin embargo, no es eso lo que importa; lo que importa es la perennidad del cosmos y la inmortalidad de la humanidad glorificada en él y con él.

Nuestra fe, habiendo de ese modo evacuado debidamente todo objeto específico, puede transformarse finalmente en lo que era realmente, en una simple aspiración sublimante; así, podemos ser aspirados en plena euforia por una poderosa ráfaga, recitar con un fervor ilustrado el Símbolo de los Apóstoles (*símbolo* ¡qué nombre más predestinado!) y amar, servir y adorar con todo nuestro corazón a Jesús, al Jesús de la fe y del cristianismo interior, cristianismo verdaderamente visceral.

Porque con todo y con eso se es más cristiano que nunca. Pero ocurre que todo ese mundo ha dejado simplemente de creer en la Verdad, y cree solamente en unas verosimilitudes prendidas con alfileres sobre unas verdades (es decir, unas comprobaciones o verificaciones del detalle observable) que, por lo demás, envejece rápidamente. ¿Qué quiere decir eso de la Verdad (así, con una *uve mayúscula*)? Debemos reconocer que aquel procurador romano que preguntó *Quid est veritas* veía claro e incluso era hombre que se adelantaba. Hay que poner minúsculas en todas partes, “todo es relativo; este es el único principio absoluto”, decía ya nuestro Augusto Comte. Porque, es cierto, se ha terminado con el positivismo clásico; pero el hecho es que vivimos en el mundo de Augusto Comte; la Ciencia (lado de la razón) completada por el Mito (lado del sentimiento); Comte fue un profeta de primera magnitud.

Yo añado que Comte era más honesto que Vdes. estudiosos expurgadores de las verdades reveladas, pues los mitos de su “Síntesis subjetiva”, él los fabricaba derecha y francamente, y totalmente, mientras que Vdes. los fabrican interpretando toda una herencia religiosa a la que ustedes se creen más fieles que nadie, y tratando de engañar la sed, y también el corazón, de aquellos con quienes Vdes. se imaginan compartir la fe.

* De Jacques Maritain, Ed. Desclée de Brouwer, 1967, págs. 30, 88 a 90, 96 a 98, 214 y 215.

(1) La palabra modernismo ha envejecido, pero no conozco otra mejor, y el haber envejecido la hace particularmente buena: nada envejece tan rápidamente como la moda y como las teorías que hacen de la verdad o de sus formulaciones conceptuales una función del tiempo. El “perspectivismo” afirma que no es modesta, porque según él, es una misma inmutable verdad la que expresa por fórmulas conceptuales, incompatibles entre sí que el tiempo hace surgir sucesivamente. Dejémosle sus ilusiones.

(2) Las divergencias y los conflictos de ideas son tan vastos entre los protestantes como entre los católicos, y pudiera ser que, por ejemplo, Taizé diera a éstos útiles lecciones.

(3) Lo que he reunido en este cuadro son los enfoques, no de honestos investigadores, sino de extremistas cuyos nombres conocen bien los expertos en la materia, y también las opiniones que se extienden en los medios influidos por ellos, como ocurre con esos sacerdotes que se jactan de que no se arrodillan ya ante el Tabernáculo.

(...)

La actual crisis presenta diversos aspectos. Uno de los fenómenos más curiosos que ofrece a nuestros ojos, es esa especie de arrodillamiento ante el mundo, que se manifiesta de mil maneras.

La palabra "mundo", como ya hemos visto, se toma en diversos sentidos. ¿Ante que "mundo" nos arrodillamos? ¿Ante el mundo tomado en sus estructuras naturales y temporales? Sí; desde luego. Pero ¿tomado *solamente* en ese sentido, como muchos arrodillados parecen creerlo, o quisieran creerlo? ¿el solo mundo de la ciencia, de los astrónomos y de los geólogos, de los psicólogos, de los etnólogos, de los sociólogos, y también el de los técnicos, de los industriales, de los sindicalistas, de los hombres de Estado? ¡Vamos! ¿Se ha visto nunca a un científico arrodillarse ante el mundo (a menos que, por casualidad, sea jesuita, en cuyo caso no es puro sabio, sino un apologista disfrazado)? ¿Se ha visto nunca a un hombre de Estado arrodillarse ante el mundo (a menos que no sea verdaderamente un hombre de Estado, sino un megalómano, como lo era Adolfo Hitler)? Es un hecho bien palpable que muchos cristianos se arrodillan hoy ante el mundo. Y esto es lo que primeramente debemos considerar. ¿De qué mundo se trata precisamente?; o en otros términos, ¿qué tienen esos cristianos en su cabeza, qué piensan al comportarse así? Cosa en ésta mucho más oscura, porque la mayor parte de ellos piensa poco y confusamente. Esta es una segunda cuestión que hay que examinar.

¿Qué vemos, pues, alrededor de nosotros? En amplios sectores del clero y del laicado, aunque es el clero el que da el ejemplo, apenas la palabra *mundo* ha sido pronunciada, una luz de éxtasis centellea en los ojos de los oyentes. Y al punto ya no se habla sino de expansiones necesarias y de compromisos necesarios, y de *presencia* y de *aperturas*, y de sus alegrías. Naturalmente, todo lo que pudiera evocar la idea de ascesis, de mortificación y de penitencia queda descartado. (Si Lourdes es popular, no lo son las palabras pronunciadas por Ella, por la que allí se presentó.) Y el ayuno está mal visto, que más vale no decir nada del ayuno con el que Jesús preparó su misión pública.

(...)

He aquí que, al término de nuestras reflexiones sobre el largo equívoco que el pensamiento cristiano ha sufrido con respecto al mundo, volvemos al curioso arrodillamiento cuyo espectáculo ofrecen hoy los creyentes cuya fe en Dios pide ser reconfortada por una apasionada fe en el mundo. ¿Qué hay en el origen de este arrodillamiento? Un loco error — la confusión entre dos significados completamente diferentes en que se toma la palabra misma "mundo".

Hay, como hemos visto, una verdad "ontosófica" sobre el mundo considerado en sus estructuras naturales o en

cuanto a lo que constituye propiamente; entonces hay que el mundo es fundamentalmente *bueno*.

Y hay una verdad "religiosa" o "mística" sobre el mundo considerado en su relación ambigua con el reino de Dios y con la Encarnación; entonces hay que decir que el mundo, en cuanto que acepta ser sumido en el reino está *salvado*, mientras que en cuanto que rehúsa el reino y se encierra en la concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y el orgullo del espíritu, es el *adversario* de Cristo y de sus discípulos, y los odia.

Pues bien, entremezclad esas dos acepciones de la palabra "mundo", imaginando que la primera verdad referente al mundo destruye la segunda porque significa que *no hay reino de Dios distinto del mundo*, y que *el mundo reabsorbe en él ese reino*, y tendremos entonces que el reino de Dios es el mundo mismo, en el devenir (y, al fin del fin, en gloria). Y no tiene ese mundo ninguna necesidad de ser salvado desde arriba, ni asumido y finalmente transfigurado en otro mundo, en un mundo divino. Dios, Cristo, la Iglesia, los sacramentos, son immanentes al mundo, como alma suya que va formando poco a poco su cuerpo y su personalidad supraindividual. Y se salvará o, mejor, se salva y se exalta a sí mismo desde dentro y mediante su misma alma que obra en él. ¡De rodillas, pues, con Hegel y los suyos, ante ese mundo ilusorio! ¡Vayan a él nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor! Somos más cristianos que nunca, porque Cristo está en él, porque le es consustancial (palabra ésta tan mal vista, pero que me atrevo a emplear).

La realidad, sin embargo, sigue siendo lo que es; y no lo que nosotros queremos que sea. De hecho, Dios es infinitamente trascendente; de hecho, hay un orden sobrenatural, que es el orden de la gracia; de hecho, hubo un acontecimiento que se llama Encarnación del Verbo eterno; de hecho, hay otro mundo que es el reino de Dios ya comenzado. Y en consecuencia, a despecho de nuestros sueños, al arrodillarse ante el mundo, no somos los *amigos* de un mundo que reabsorbería en él el reino de Dios, sino que los somos de un mundo que rehúsa todo eso y que no quiere ni Cristo ("el mundo me odia") ni reino de Dios, del mundo atrincherado en sí mismo, del mundo enemigo del Evangelio. Y doblamos las rodillas ante ese mundo y ante el falso dios que es su Emperador (y no solamente, como lo creemos quizá si no nos tomamos el trabajo de reflexionar un poco, ante el mundo de la naturaleza y de la ciencia). Este es el error de los cristianos extraviados por nuestro momento histórico y el repentino desplazamiento del péndulo, arojado ahora al extremo opuesto del maniqueísmo larvado que desde hace siglo y medio había causado tantos estragos.

(...)

El juicio merecido por los trabajos de los renovadores que acomodan la teología ya sea a la salsa teilhardiana, ya sea a la salsa fenomenológica, no es difícil establecer: son las obras de una fatuidad apasionada por servir a los

ídolos de la época. Por efímeros que sean, esos hermosos trabajos amenazan con desconcertar plenamente la conciencia cristiana y la vida de la fe; y en lugar del verdadero fuego nuevo exigido por nuestro tiempo, no aportan sino el humo de un leño podrido que no llega a arder. Los pretendidos renovadores de que se trata son unos retrógrados infortunados que quieren volver al punto cero para recomenzarlo todo, en una palabra, hacer retroceder nuestro pensamiento a través de los siglos y llevarnos a los tanteos de la infancia (de una infancia moderna, naturalmente, acostumbrada a los métodos audiovisuales, y que teclea sobre pequeñas máquinas de escribir). No es así como se puede avanzar.

.....

Lo que el pueblo de Dios espera de la sabiduría teológica, es que tome la delantera y desbanque a los vanos doctores renovando su propia problemática donde sea necesario y descubriendo, en una fidelidad absoluta a las verdades ya adquiridas, nuevas verdades que se agregarán a las antiguas y nuevos horizontes que enriquecerán y ampliarán el conocimiento, y esto no por medio de cualquier tentativa imbécil de ponerlo todo boca abajo para readaptarlo al gusto del momento, sino por un esfuerzo del espíritu para ver más profundamente en un misterio que nunca habrá terminado de escrutar.

“CORDULA”*

(..)

Ya no sé si, finalmente, te dirigirás con tu invitación a nuestros desmitificados, convertidos al mundo; ellos lo han traspuesto ya todo; ya sólo les queda una fe análoga en una palabra análogamente entendida, por las que, fe y palabra, sólo valdría la pena morir análogamente, como sólo análogamente vale la pena vivir su cristianismo.

Echa, no obstante, mano de esta linterna de Diógenes y a ver lo que se puede lograr con ella. Con ella podrías distinguir gentes que exteriormente se parecen mucho. El uno arde de amor y todo medio la parece bueno, con que le ayude a hablar del amor de Cristo a su hermano duro de oído; el otro, en cambio, está secretamente harto de evangelio, de cruz, de todo el aparato dogmático y sacramental: husmea aire de aurora. Así mata dos pájaros de un tiro: se desprende sin ruido de lo que en el fondo le desazona, y marcha, además, como cristiano abierto a la reforma, al mismo paso que la ciencia, hacia un futuro mejor. El uno desmitifica para creer más profunda y puramente; el otro lo hace para no tener que creer más. ¡Oh! ¡Cuánta ambigüedad oculta la cristiandad de hoy! ¡Tanta como la de siempre! Echa, pues, mano de la linterna; y a ver si entre tantos “profesores” hallas por lo menos unos cuantos confesores. Porque quién sabe si, puesto en marcha el espectáculo, no sube más de uno a la tribuna y quiere de buena gana ser Gines o Córdula.

(...)

“El que quiera ganar su vida, la perderá.” El que quiere meter junto a Cristo como *conditio sine qua non*, a sí

mismo y a su familia, sus amigos, su profesión, sus ocupaciones por el pueblo, el estado, la cultura, el mundo, lo presente y lo por venir (*mellonta*, Rom. 8, 38), su pretexto de que, a la postre, todo eso son cosas buenas creadas por Dios, y el orden de la redención no puede estar en pugna con el de la creación, como que Dios mismo aspira a una síntesis de ambos y el hombre tiene derecho a hacer lo mismo; es más, el orden de la redención nos instruye sobre preocuparnos de todo eso, señaladamente de nuestro prójimo; ese tal, decimos (o lo dice el Señor), perderá su vida, entendiéndose lo que se quiera por esta vida: la existencia en medio de todos esos bienes terrenos, dignos de estimación (con exclusión de Jesús) o, lo que realmente viene a parar a lo mismo, la vida entre esos bienes dentro de una síntesis dispuesta por uno mismo y sentada como *conditio sine qua non* (con inclusión de Jesús). En el primer caso perderá uno su vida terrena, a más tardar, en la hora de la muerte; y en el segundo, la perderá aún más a fondo y dolorosamente, pues aquella síntesis de propio cuño está muerta en sentido malo y estéril y, partiendo de ella, no puede vivirse ni auténtica vida de mundo ni auténtica vida cristiana. “Mas el que pierde su vida por causa mía, la ganará” (cf. Mt. 16, 25; Mc 8, 34-35; Lc. 17, 33). “Por causa mía” es lo tajante (la “espada”, Mt. 10, 34) que engendra por sí la inesperada unificación y síntesis: el que apuesta a lo uno, lo gana todo; de forma, eso sí, que no tenga que contar con la pérdida de todo lo que no sea lo uno.

(...)

La alternativa entera no se reduce, pues, a conservadores o progresistas; se trata solamente de si el cristiano por razón de su *aggionamento* puede incluir la prueba decisiva. Dicho de otro modo; si puede probar con su razón ex-

* De Hans Urs von Balthasar, “Ediciones Sígueme”, Salamanca, 1968, págs. 9 y 10, 17, 69, 87 y ss., 111, 114 y ss., 119.

perimentos que afectan a su fe, sin que esté por el mero hecho comprometida la caridad. Porque, en efecto, el objeto de la fe, como hemos visto, es la aparición, sobre la cruz, del mayor amor de Dios, por todos y por mí.

(...)

Pero ¿no está, bajo cenizas, influida la antigua imagen del mundo, sobre todo la del Nuevo Testamento en su estática por una parte, y en su dualismo de cielo y tierra por otra, por el sentimiento platónico-gnóstico a veces, otras por el sentimiento apocalíptico del judaísmo tardío, que no es ya compatible con la imagen actual del mundo, dinámica y evolutiva? Entonces se anhelaba otro reino, sin poder ni aspirar a él por propia fuerza y esfuerzo; de ahí el mucho orar y acaso también el sentimiento del pecado: “inquieto está nuestro corazón”.

Hoy, en cambio, se trabaja para un futuro que, con el gran desarrollo natural a las espaldas, se siente con derecho a dirigir audazmente la evolución bajo la dura ley del trabajo común, que no es ciertamente “castigo” y probablemente honra más al creador que muchas oraciones ociosas. De ahí, lógicamente, vienen los pasos últimos: ¿no está ligada totalmente a aquella vieja imagen del mundo la idea de un “autor de la salvación”, que desciende del claro cielo a la oscura tierra, deja aquí algo de luz y se sube otra vez a su propia esfera, modelo conocido que se reitera a menudo? Y ¿no es la denominación de Jesús como “Hijo de Dios” y, finalmente como “Dios”, una simple aplicación de aquel esquema a una personalidad histórica, dotada ciertamente de espíritu? ¿No resulta de la simple combinación de su doctrina sobre el amor a Dios y al prójimo con su espantosa muerte de cruz, casi por sí misma la idea de que este dolor o sufrimiento fue un dolor vicario de amor y expiación? Y ¿no resulta también, si tan lejos se ve, con lógica casi ineludible, el punto de partida de la doctrina sobre la Trinidad del hecho de que el Hijo está en la tierra, ora al Padre del cielo y atestigua su identidad con Él, y uno y otro son de un Espíritu?

¿Tendremos que refutar también todo esto o se contentará el benévolo lector con la aseveración de que en todo caso lo podríamos refutar? Porque aquí no se trata para nada de apologética, sino de descubrir los caminos andados y de despertar la impresión de que, si se quiere ser intelectualmente sincero, es difícil estar colgando de esta larga cerca espinosa de reparos e interrogantes. Aquí se da luego lo decisivo en nuestro contexto, por lo que hemos ido bordeando esta cerca: se da la dilación de la decisión de la fe, su parentización por lo menos temporal, hasta que se hayan aclarado suficientemente los resultados de la exégesis científica... Tal vez pudiera encontrarse una especie de solución interina de conjunto, explicando, por ejemplo, que todos los enunciados de la Biblia que exigen fe contendrían una proporción entre contenido y modos de decir de entonces; esta proporción debiera resurgir hoy día por una transposición total entre contenido y modernos

modos de decir desmitificados. Tal vez debiera todo interpretarse “análogamente”.

Esto significaría poco más o menos: aquel obrar de Dios o del Verbo divino, que se expresó entonces como versión vicaria o representativa de la sangre sobre la cruz, tendría que esclarecerse hoy, incluyendo ciertamente el fondo de la imagen de entonces, de un modo análogo que nos dijera algo inmediatamente a nosotros, etc. La prueba decisiva sería, pues, que por manera análoga a como el cristianismo de pensar místico se dejó impresionar por Cristo crucificado, con la misma seriedad con que la imagen mítica lo sugería, me deje también yo impresionar por el obrar de la palabra de Dios sobre mí, palabra que me promete la salvación eterna.

A decir verdad, apenas se vería ya claro en esta construcción para qué o por qué estaría yo dispuesto a morir a la hora de la verdad. Y, en todo caso, sería muy difícil explicárselo a los que me llevaron ante el paredón de ejecución. Y sin duda sería también muy difícil de explicar a los niños negros en las misiones. Probablemente, en lugar de la analogía a que uno se atiene, se les enseñaría la vieja evidencia, por la que se puede también morir evidentemente. En cuanto a uno mismo, con la analogía del contenido de la fe, se torna también análogo el acto de fe, y nadie podrá ya afirmar que, a base de aquella ecuación de proporcionalidad que es el resultado de la total transposición, tenga aún evidentemente aquella fe cristiana tal como la Iglesia la ha entendido hace unos dos mil años.

La prueba decisiva u hora de la verdad es también aquí el mejor criterio. Y lo es porque fuerza ante la verdad cristiana: mi disposición a morir por Cristo es, con la gracia de Dios, la única respuesta adecuada que incluye la conducta entera de la vida al hecho de que él se dignó morir de amor por mí. Si esto se torna dudoso, también naturalmente mi respuesta. Ahora bien, ésta era para mi criterio en cuanto que, al poner mi vida al tablero, atestiguaba haber entendido la verdad cristiana como la máxima revelación posible del eterno amor, frente al cual todos los resultados de la desmitificación se quedan atrás en grandiosidad divina un trecho decisivo, claramente visible y descriptible.

(...)

... todo proyecto cristiano del futuro caerá y debe caer en el vacío, si no es cristiano, es decir si no está orientado a Cristo. Pero Cristo no es programa que se domine de una ojeada, o se despache en botellas que luego no hay sino tomar en la mano en la “operación futuro”. Sólo en la abertura de la contemplación y de la oración atenta se abre de forma siempre nueva lo que Cristo, nuestro origen, dice y quiere. Toda la acción que no tenga sus raíces en la contemplación está de antemano condenada al agostamiento.

(...)

... Y el que proclama la identidad del amor de Dios y del prójimo y sienta el amor del prójimo como acto primario del amor de Dios, no puede sorprenderse, y seguramente no se sorprende, si resulta indiferente que el hombre confiese a un Dios o a ninguno. Lo principal es que uno tenga el amor. Concedido, si sabe lo que es el amor. Pero ¿por qué rasero mide el amor el hombre que es esencialmente pecador? Seguramente, por lo que él, con cierto esfuerzo, es aún capaz de realizar. ¿Basta este criterio y puede, con la gracia de Dios, interpretarse como caridad? “El amor está no en que nosotros hayamos amado a Dios...” (I Jn. 4, 10), “sino que realiza Dios su amor para con nosotros, porque, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom. 5, 8). Esto nos arrebató el criterio del amor, para que demos gloria a Dios, y nos pone bajo su medida, que exige que también nosotros demos la vida por nuestros hermanos (I Jn. 3, 16). Pero quien haga eso, sólo Dios lo sabe con certeza.

La teología que se desenvuelve por santo y seña es siempre teología de nivelación, de facilitación y aligeramiento, y, en último término, de liquidación y almoneda; quiéralo o no, se acerca asintóticamente al ateísmo. Ahora bien, esta aproximación era la primera decisión posible en la alternativa sentada al principio. Naturalmente, este movimiento tiene dos causas: una, el fastidio por la forma en que hasta aquí ha tomado la fe, y la necesidad de oír, por fin, algo más sencillo, más inteligible, más acomodado al hombre de hoy. Dejamos de momento a un lado este primer motivo por dondequiera perceptible.

La segunda causa es la necesidad humana y cristiana del diálogo que, en su más alto peldaño, es diálogo con el ateísmo. Si se lograra reducir todo el cristianismo a humanismo, y en este empeño se conservara aún el sentimiento de que, por comprensión, se había metido lo máximo bajo el punto mínimo, a saber, el amor de Dios en el amor del prójimo, de forma que el diálogo con el ateísmo pudiera desarrollarse partiendo del centro de la verdad cristiana, en tal caso la oferta dialógica sería perfecta por nuestra parte.

Pero mientras nosotros podemos hablar muy lealmente a nuestros interlocutores como cristianos anónimos, con tal que ellos practiquen la fidelidad y honradez y el buen Dios estime o interprete siempre sobrenaturalmente sus virtudes como fe, esperanza y caridad, nos agraviarán ciertamente a nosotros si nos saludan como ateos anónimos, porque toda nuestra supuesta dogmática sería, según ellos, sólo una supraconstrucción sobre un humanismo de campo, bosque y prados, y su antropología. ¿Tienen sinrazón? eso es lo que importa. Y prácticamente ¿qué importa? ¡La prueba decisiva! Pero el mero morir, por muy fuerte que a veces pueda ser la impresión de momento, ¿rompe humanamente el diálogo? ¡Y ese diálogo se exige! Así, tenemos que plantearnos la cuestión: ¿qué forma debería tener de lado cristiano?

(...)

... sólo una capa determinada y sin duda no la más importante de la relación del cristiano con su prójimo se dedica al diálogo; lo más esencial acontece en la oración. cuyas dimensiones se extienden hasta el abandono de la cruz. De la Trinidad abierta, que se hace accesible en el corazón taiadrado sobre la cruz, brota el primigenio misterio del amor eterno, imprevisible, y desde ahí, subyugado por ese amor, abre el cristianismo su corazón a su hermano, sin límites, hasta la muerte. En una capa superficial está con él seriamente en diálogo y poniendo en juego su corazón abierto, en el ir y venir de afectar y ser afectado; pero, en lo hondo, está ya respecto de su hermano en aquel lugar en que, sobre la cruz, se ha interrumpido ya todo diálogo entre Cristo y el hombre, porque Cristo tiene ahora a los hombres en sí mismo, y ellos le dan muerte. El morir es ahora la acción, en silencio.

Aparentemente el cristiano puede sacudir el polvo de sus pies y seguir adelante (Mat. 10, 14); pero, en lo hondo, lleva en sí mismo al amigo o al adversario de forma que “desea ser él mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis consanguíneos según la carne” (Rom. 9, 3). Lo básico de todo diálogo no es dialógico, ni necesita siquiera ser manifestado al interlocutor. Lo teórico que distingue al humanismo del cristiano de todo otro humanismo sólo entrará en la esfera del diálogo como fenómeno límite: como prontitud para la prueba decisiva.

Y ahora acaece lo más extraño: precisamente la prontitud metadialógica para seguir andando con el prójimo, cuando se puede en absoluto andar en el diálogo, abre el corazón cristiano para el mejor y más largo diálogo. El cristiano se deja afectar más profundamente que ningún otro, porque su interlocutor, tal vez adversario, fue llevado, exactamente como él, en el corazón de Cristo crucificado. Por razones de prudencia u otras, puede aplazar el diálogo; lo que no puede es interrumpirlo definitivamente. Y lo es porque sobre la cruz fue siempre derribada la pared medianera provisionalmente a los habitantes (Ef. 2, 14). Pero no fue derribada por palabras, sino por la pasión más solitaria.

(...)

Los que en todo buscan aligeramientos y, a cada barrera que cae, lanzan gritos de “progreso” y de creciente “mayoría de edad”, no saben de qué trataban los padres. Trataban de conducir, por medio de la Iglesia, que es un misterio divino, sin atenuación ni tachaduras, hasta dentro del mundo mundano el rayo misterioso del amor uno y trino y crucificado. Añadamos que sólo esta idea de la Iglesia, comunicación o transmisión del amor entero de Dios al mundo entero, posibilita en absoluto el verdadero amor al prójimo.

Tiene que caer la valla que levantó Agustín, llevado de su idea de una doble predestinación al cielo y al infierno, y es que, en el fondo, nadie puede esperar sino para

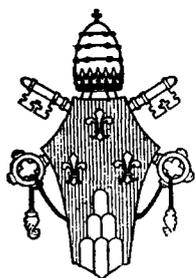
sí mismo. No, yo tengo que esperar para cada hermano de tal forma que, en una ficticia prueba decisiva, si se tratara de si él o yo ha de entrar en el reino de Dios, le daría con Pablo (Rom. 9, 3) la preferencia.

Mas para saber lo que esto significa habría que tener en el centro del corazón una teología del sábado santo, de la bajada de Cristo a los infiernos, o por lo menos una teología de la noche oscura, tal como la describió experimentalmente Juan de la Cruz. Pero ¿quién tiene hoy tiempo para tales menesteres?

Esta sería la manera cómo el cristianismo debiera entablar diálogo con el no cristiano, si no quiere mostrarse de todo punto indigno de su cristianismo. No pone entre paréntesis el contenido de su fe, no lo enguaza por un superficial parloteo humanístico, sino que responde plenamente

de él y, con la gracia de Dios, lo presenta en la situación de su misión.

El cristiano tiene plena seguridad de que eso es posible: "No os preocupéis sobre cómo o qué hayáis de decir... pues el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros" (Mt. 10, 19-20). Y esto quiere decir puntualmente: dejaos de vuestras aburridas trasposiciones de los misterios de Dios en modernos *nursery rhymes*, la palabra de mi Padre no se presta al *play Bach*, no me vengáis con una *basic theology*, para la que no es ya Dios criterio, sino el supuesto interlocutor, y sólo nace de vuestra angustia, que revela bien vuestra ambición consciente de su papel, por estar a la altura del tiempo; creed más bien a lo que yo os he dicho: el Espíritu de vuestro Padre bastará con creces para dominar vuestras "situaciones".



LA ORACION PERSONAL*

... Hoy, a causa de las condiciones presentes de nuestra existencia tan absorbida por el hechizo de la exterioridad y tan turbada de la profundidad y rapidez en los cambios que se suceden, hoy, más que nunca conviene alimentar el espíritu con la práctica de oraciones personales. Sin una propia, íntima, continua vida interior de oración, de fe, de caridad no nos podemos conservar cristianos, no podemos útil y provechosamente participar en el brillante renacimiento litúrgico, no se puede con eficacia dar testimonio de aquella autenticidad cristiana, de que tanto se habla, no se puede pensar, respirar, obrar, sufrir, esperar plenamente con la Iglesia viva y peregrina: es necesario orar. Tanto la inteligencia de las cosas y de los acontecimientos, como el misterioso pero indispensable auxilio de la gracia, disminuyen en nosotros, incluso pueden llegar a faltar por falta de oración. Creemos que muchas de las tristes crisis espirituales y morales de personas, educadas e integradas, a distintos niveles, en el orga-

nismo eclesiástico, son debidas al debilitamiento y tal vez a la falta de una regular e intensa vida de oración, sostenida hasta ayer por sabias costumbres y hábitos externos y que una vez abandonados la oración languidece y se apaga y con ella la fidelidad y la alegría.

Hoy querriamos con estas sencillas palabras, confortar en vosotros la vida de oración, cualquiera que sea vuestra edad y vuestro estado. Suponemos que cada uno de vosotros conocerá de un modo u otro el propio problema relativo al deber y la necesidad de la oración. Os creemos fieles a ella y deseosos de encontrarla mejor en sí misma especialmente por la vitalidad emanada del Concilio, y de nuevo acorde con la moderna y honesta profanidad de la vida moderna.

Pero queremos que cada uno se clasifique a sí mismo en una de las categorías que una elemental observación ofrece a la común experiencia.

Hay una primera categoría, tal vez la más extensa: es la de las almas amodorradas. El fuego no se ha extinguido pero está cubierto de cenizas. La semilla no ha muerto, pero, como dice la parábola evangélica, está sofocada por la vegetación circundante (Mt. 13, 7-22) o sea "por la solitud de las circunstancias actuales" y por la "ilusión de la riqueza". La tendencia a secularizar toda humana activi-

* Véanse los artículos de Roberto Cayuela, S. I., publicados en "CRISTIANIDAD" sobre este mismo tema:

"Piedad litúrgica y piedad privada", n.º 403, pág. 208, setiembre 1964.

"La piedad privada, preparación para la piedad litúrgica", núms. 404-405, pág. 224, oct-nov. 1964.

"La piedad litúrgica y la piedad privada: el fondo de la cuestión", n.º 406, pág. 250, diciembre 1964.

dad excluye gradualmente la oración de las costumbres públicas y de los hábitos privados. Se recita aún la oración de la mañana pero ¿se hace con la conciencia de infundirle un significado trascendente, un valor que abarque todo el tiempo del día fugitivo? Queremos suponer que se frecuenta todavía la iglesia, se recita aún el breviario, se asiste al coro, pero el corazón ¿dónde está?; índice de esta flaqueza espiritual es el peso que supone hacer esta oración, pero que la priva de devoción, que se hace demasiado larga, y se le acuse de incomprensibilidad y extrañeza. A la oración le faltan alas; ya no es un gusto, un gozo, una paz del alma. ¿Estaremos comprendidos en esta categoría?

Otra categoría, enriquecida en número y ansiedad después de la reforma litúrgica conciliar, es la de los sospechosos, de los críticos, de los descontentos. Turbados en sus habituales costumbres, estos espíritus no se resignan más que a remolque a las novedades, no buscan captar las razones, no encuentran acertadas las nuevas expresiones del culto, se refugian en sus lamentos que quitan el sabor a las fórmulas antiguas y les impide gustar lo que la Iglesia, en esta primavera litúrgica, ofrece a las almas abiertas al sentido y al lenguaje de los nuevos ritos recomendados por la sabiduría y autoridad de la reforma postconciliar. Un esfuerzo no difícil de adhesión y de comprensión les haría experimentar la dignidad, la simplicidad de la moderna antigüedad de la nueva liturgia y les proporcionaría la consolación y la vivacidad de la celebración comunitaria en el santuario de la individual personalidad. La vida interior adquiriría una mayor plenitud.

Otra categoría es la de aquellos que dicen que basta la caridad con el prójimo dejando en la sombra o declarando superflua la caridad hacia Dios. Todos saben la fuerza negativa que ha adquirido esta actitud espiritual, según la cual sería no la oración, sino la acción la que mantendría vigilante y sincera la vida cristiana. El sentido social suplanta al sentido religioso. Esta objeción roedora se vierte con una literatura audaz y despreocupada a la opinión pública, a la mentalidad popular y se difunde también por algunos "grupos espontáneos" así llamados, que inquietos buscadores de una más intensa religiosidad, desgarrada de la habitual de la Iglesia que ellos llaman autoritaria y artificiosa, y acaban por perder una verdadera religiosidad y la sustituyen por una simpatía humana, bella y digna por sí misma, pero que en seguida queda vacía de verdad teológica y de caridad teológica.

¿Qué consistencia real y de qué mérito trascendente

puede venir de una religiosidad, en la que la doctrina de la fe, la relación con el Absoluto, con Dios uno y trino, el drama de la Redención y el misterio de la gracia y de la Iglesia son ordinariamente silenciados, y pospuestos a comentarios de la situación social y del momento político e histórico? Mucho habría que decir sobre este tema; pero no en este momento. Ahora basta poner en guardia a los espíritus generosos, ávidos de Evangelio y de religión personal sobre el falso fundamento de tal tendencia y sobre los peligros de producir efectos totalmente opuestos a los con ellos intentados, incluso en el plano de lo humano, como son: la libertad, la verdad, el amor, la unidad, la paz, la realidad religiosa infusa en la sociedad y en la historia.

Miremos pues de clasificarnos entre aquellos que Jesús quiere portadores de lámparas encendidas: "*Sint... lucernae ardentes in manibus vestris*" (Luc. 12, 35). Aunque no fuera otra cosa, la oración ilumina el camino, despierta la vigilancia, estimula la conciencia. Un célebre escritor de nuestro tiempo hace decir a uno de sus personajes, un cultísimo e infeliz sacerdote: "He creído con demasiada facilidad que uno puede dispensarse de esta vigilancia del alma, en una palabra de esta inspección fuerte y sutil, a la que nuestros viejos maestros dan el bello nombre de oración" (Bernanos. *El Impostor*, p. 64). La oración vence la oscuridad y el tedio de nuestro camino. No en vano el Señor nos ha dejado este binomio evangélico: "Vigilad y orad" (Mt. 26, 41). No sólo esto. La oración, la vida de oración, o sea la habitual dirección del espíritu hacia Dios, mediante el filial coloquio y el recogido silencio con Él comunica aquella forma de espiritualidad, saturada del don de Sabiduría del Espíritu Santo (cf. Rom. 8, 14), y que podríamos llamar, incluso para los simples fieles, vida contemplativa. Santo Tomás con su acostumbrada incisividad, dice que la vida contemplativa constituye en cierto modo un inicio de la bienaventuranza (II-II^{ae}, 180, 4); se refiere al episodio de Marta y María, en que esta última, absorta en el diálogo con Cristo, consigue de Él las famosas palabras: "María ha elegido la mejor parte y no le será quitada nunca más" (Luc. 10, 42).

Ésta es, pues, la consolación que a todos auguramos: que podáis encontrar en la oración, cordialmente realizada, equilibrada en cuanto a cantidad y siempre con ferviente intención (cf. Luc. 18, 1), la fuente de alegría y de esperanza que necesitamos en nuestra peregrinación terrena.

Alocución de PAULO VI

(*L'Osservatore Romano*, 21-VIII-69.)

EL SANTO PADRE PAULO VI EN EL CORAZON DE AFRICA

«Je marche pour un missionnaire...»

“L’infirmière lui avait conseillé de faire tous le jours une petite promenade d’un quart d’heure dans le jardin. Ce conseil devenait un ordre pour elle. Un après-midi, la voyant marcher avec beaucoup de peine, une Soeur lui dit: “Vous feriez bien mieux de vous reposer, votre promenade ne peut vous être profitable dans de pareilles conditions, vous vous fatiguez, voilà tout! C’est vrai, répondit cette enfant d’obéissance, mais savez-vous ce qui me donne des forces? ... Eh bien! *je marche pour un missionnaire*. Je pense que là-bas, bien loin, l’un d’eux est peut-être épuisé dans ses courses apostolique; et, pour diminuer ses fatigues, j’offre les miennes au bon Dieu”. (Sta. Teresa del Niño Jesús, “Histoire d’une âme”, cap. XII, Le calvaire-L’essor vers le Ciel...”.

Aquellos pasos fatigados de la santa enferma; y tantos otros, especialmente los sacrificios y las oraciones de tantas almas santas, son los que nuestro Padre, en estas épocas de crisis de todo y de fé escasa, nos mostraría para animarnos. No ya “by faith”, sino “by sight”, como el grande y cristiano Hugo Benson manifiesta en una de sus novelas de lo porvenir, no ya esta vez por fe ni por esperanza, sino por tangible realidad, nos probaría el Padre cómo la Providencia vela, y cómo cuando Dios quiere, como se dijo en esta Revista en ocasión del inolvidable Congreso Eucarístico de Barcelona, *todo explota*, aun cuando nadie haya aportado el más mínimo explosivo.

Porque el Papa ha visitado el corazón de África, y, en este viaje, cuajado de presagios eternos, el Padre nos mostraría cómo, de la manera más inesperada, la Providencia va realizando su camino.

Camino decimos. ¡Qué enorme, qué insospechado camino en este camino recorrido, para aquellos que, sin fuerzas ni medios, ni, lo que es peor, sin méritos ni virtud ninguna con qué contribuir, deseamos, sin embargo, que llegue el Reino de Dios y el triunfo y extensión de su Iglesia!

Con toda seguridad, en aquel cristianísimo, casi celestial, hogar de los “Buissonnets”, donde incubara la maravillosa flor que fue un día Santa Teresa del Niño Jesús (el espíritu más exquisito de Europa después de San Francisco de Asís, como se ha proclamado), existiría cualquier

estampa, ¿por qué no decirlo ante la pedantería y la “suficiencia” de muchos de hoy?, habría algún “cromo” de los de la época ingenua, representando a un misionero, con la cruz en alto, medio sumergido en la charca, bajo la jungla, y huyendo de algún cocodrilo feroz, que habría conmovido el corazón de la niña predestinada, y movídola a prometerse los mayores sacrificios para colaborar al trabajo de aquellos lejanísimos misioneros, en la inasequible e inhabitable inmensa África... Todos hemos visto estampas de éstas... y nos provoca desdén ver que aquella feliz y tan fecunda ingenuidad pueda ser hoy objeto de risa de tantos que, de tener más talento, la añorarían. Y si es cierto, como decía — creemos — Maritain, que la humanidad ya no puede volver otra vez a ser ingenua, por lo menos, envidiaríamos cuando lo era, y en ello demostraríamos harta mejor sabiduría. A no ser que creamos tener más de ella que nuestro divino Maestro que nos enseñaba a esforzarnos en “volver a ser niños” si queríamos alcanzar el reino de los Cielos...

Mas aquellos pasos fatigadísimos de la santa enferma, unidos a tantos otros, análogos, de tantas otras almas santas, concedoras de este altísimo secreto — hoy cada vez más ignorado — que el sobrenaturalismo y la comunión de los santos (cuanto más “comunismo cristiano” se propaga, como vacuo “slogan” de hoy, menos se recuerda el dogma más consolador entre todos, y más auténtica y divinamente comunista, que es éste de la Comunión de los Santos, que, misteriosamente, nos repite desde el primer día el Símbolo de los Apóstoles), han sido los que han hecho posible esta fenomenal sorpresa: el Papa recibido en el mismísimo corazón de África, en las hasta hace muy poco tiempo inexploradas y misteriosas “fuentes del Nilo”, por toda una sociedad cristiana, y por unos Jefes de Estado cristianos... esto cuando, en Europa, en el Occidente que debería ser cristianamente clásico, se proclama como algo indiscutible, incluso como panacea, todo cuanto sea pluralismo y agnosticismo.

Son las fuerzas sobrenaturales, que tantos jamás lograrán llegar a comprender — porque repugnan al orgullo humano —. Esto de que los tropezones de una monjita

que se arrastra en el claustro de un convento; que la oración de una pobre vieja en un rincón de una apartada capilla; que el sacrificio o la limosna ínfima, pero sacrificada (como la de la viuda), de un pobre y necesitado fiel, puedan promover la transformación de todo

un Continente, es cosa que, naturalmente, muchos ni comprenden ni comprenderán jamás. Por grande que sea su erudición en el Evangelio, en la Biblia, y en esta Teología de hoy que sabe de tantas cosas, que dice saber de todo, menos de los secretos del Corazón de Dios.

«FUERON Y SON LOS INSTRUMENTOS DE QUE SE SIRVE LA PROVIDENCIA PARA PREPARAR LA GRANDE OBRA DE DIOS: EL TRIUNFO DE SU IGLESIA»

Cuando Santa Teresa del Niño Jesús se “arrastraba” doliente para “suplir” al lejano misionero, estaba bien segura de que la Providencia “supliría” a su vez; no sabía cómo, naturalmente, pero no lo dudaba. Nosotros sí, hemos visto más.

Aquí el Padre Orlandis, una vez más, también nos enseñaría sus caminos. Como siempre, no resistimos a la tentación del volver — ¡cada loco con su tema! — a aquel día en que, como trueno, nos leyó el gigantesco epílogo de “Las Esperanzas de la Iglesia. La Soberanía Social de Jesucristo” que jamás nos cansaremos de repetir, que es el mayor resumen de toda su Teología de la Historia. Y señalaremos, otra vez, aquel sublime párrafo: “Este trabajo de aproximación, cuyo plan habían trazado las conquistas del imperio romano y que las expediciones de los navegantes van perfeccionando incesantemente de tres siglos acá, lo presentaba de Maistre en su completo desarrollo, merced a los descubrimientos de la ciencia moderna, en la persuasión de que, así los sabios modernos, como los navegantes del Renacimiento, y los conquistadores romanos, fueron y son los instrumentos de que se sirve la Providencia para preparar la grande obra a cuyo éxito Dios subordina todos los acontecimientos humanos: el triunfo de la Iglesia”. “De Maistre no conocía ni las maravillas del vapor, ni las de la electricidad; pero se había hecho cargo, por una especie de intuición, del progreso material de los pueblos gracias al cual estos dos poderosos motores tanto han colaborado...”

Después del vapor, de la electricidad, han venido muchas otras cosas. Tantas, que hoy, para trasladarse a aquella jungla — que, muchas veces, ya ha sido talada e industrializada, y ya no es jungla — donde se hundía el cuitado misionero, tras un viaje de meses enteros de caminos y aventuras, el Papa Pío VI no tiene más que tomar su avión, y utilizar seis horas... y para ser recibido, no ya por caimanes ni por antropófagos, sino por toda una organización de Estados, siquiera subdesarrollados aun si se quiere, pero dotados ya de todo lo más elemental que exige una civilización incipiente. Y recibido, como antes decíamos, por Jefes de Estados nuevos, tan respetables,

a nuestro juicio, como lo puedan ser los de los pueblos de mayor abolengo e historia de Europa, y a los que a su vez aventajan por el respeto y veneración que tributan al Vicario de Cristo, que aquellos de Europa, que, en cambio, tan a menudo discuten y afligen...

Utilizando los progresos materiales, la técnica — ¿por qué no reconocerlo? —, como antaño las calzadas que el Imperio romano construyera para el paso de sus legiones, o los caminos marítimos que los grandes navegantes surcaran por vez primera, la Providencia dispone las rutas, las singladuras de la Humanidad. Teresa del Niño Jesús suspiraba ante su impotencia, y la de los religiosos de su tiempo, de atravesar océanos, vadear ríos, salvar charcas y pantanos, no perderse en las selvas... y he aquí que las vías aéreas ponen a escasas horas de alcance aquellos selvas que ya no lo son (quizá, incluso, económicamente hablando, taladas con harta premura e imprudencia), y aquellos desiertos, charcas o pantanos, dragados por las modernas excavadoras y “bulldozers”...

Con ello ya aquella África, legendario Continente, ofrece hoy un escenario totalmente asequible a la penetración del Evangelio, que sin saber cómo (“¡la Primavera ha venido, nadie sabe como ha sido!” nos atreveríamos a exclamar, parodiando la estrofa tan conocida como un tantito cursi) ha penetrado ya. ¡Gracias, Dios mío! exclamaríamos con el Padre, exclamaríamos con Teresa del Niño Jesús si ésta pudiese ver a través de la televisión (que, naturalmente, bien debe llegar al Cielo) al Papa recibido, en el corazón de África, como antes hemos dicho, por Jefes de Estado africanos, por una multitud por lo menos dotada de un mínimo de “standard” y de vestimenta, por guardias negros de orden público, en medio de una caravana de automóviles... allí donde, en la época de Teresa del Niño Jesús (sólo tres cuartos de siglo atrás) aún discurrían las caravanas de esclavos que acababan de denunciar los Livingstone y los Stanley. Cabe las desconocidas y discutidas, verdadero arcano geográfico indescifrable, misteriosas fuentes del Nilo... hoy campo de aviación donde aterriza el Papa, a seis horas de su sede física de Roma, a seis horas justas del Sepulcro de Pedro.

Feliz desaparición del colonialismo. Un espíritu misional nuevo

Y he aquí que en su discurso, el Papa, en aquella Uganda, en aquel Kampala, el mismo Papa de la “Populorum progreso”, animador de los países subdesarrollados, proclama algo así como un espíritu misional nuevo: pero

que, como vamos a ver, no lo es tanto en los caminos providenciales. Un espíritu que se aparta del viejo concepto misional, que venía inevitablemente mancomunado a otro concepto, en otras épocas real y aceptable, hoy ya



odioso: el del colonialismo. Poco favoreció el colonialismo a las Misiones, y es con verdadero gusto — a nuestro entender no hace falta ser lince para adivinarlo — que la Iglesia se sacude de su tutela.

El Papa habla de la Iglesia africana. Reivindica sus valores. No quiere que vaya ya a remolque, intelectual, cultural, tradicionalmente hablando de Europa o de lo que llamamos mundo Occidental. Proclama su personalidad. La Providencia no necesita — lo está demostrando notoriamente — de la vieja Europa para cristianizar a África; ésta, más la Providencia, puede cristianizarse a sí misma. El cero, más el Infinito, aquí, y también, por tanto en África, y África lo demuestra, da, como suma, el Infinito. El África, aun y siendo cero, no necesita de todo el valor de Europa, que no es más que el de unos escasos céntimos, para conquistar el Cielo, si cuenta con éste, que, repetimos, vale Infinito.

Hubo alguien, que hoy se silencia, como se silencia Teresa del Niño Jesús, que, con mirada de águila y esfuerzo de Coloso, vio esto, y preparó estos caminos sobrenaturales. Fue el formidable Pío XI, el mismo que, para conmover al mundo y convertirlo, no halló medio más poderoso que el proclamar Patrona Universal de todas las misiones a aquella monjita, joven impotente y enferma, que jamás había tenido fuerzas para salir de su conven-

to... Fue el formidable Pío XI. Sobrenaturalista inventor del “clero indígena”: el medio de que África se cristianice con sus propios aunque míseros medios, que de míseros que son, en sí, son de fuerza infinita si, como hemos visto, añadimos la potencia de Dios.

Con su “clero indígena”, Pío XI acabó con la “tutela” europea, con el confusionismo misional-colonialista que, en su visión penetrante, audaz, de águila de la Historia, adivinaba había de caducar.

Ciertamente, España, y los misioneros españoles — que cruzaban los mares, no para hacer propaganda ni labor en pro de su efímera patria terrestre, sino en pro de la que vale, que es la eterna, el Cielo —, no han registrado esta culpa. Pero de ella no están limpios los misioneros de otras Naciones, en cuyas obras de atracción del indígena, figuraba, al lado de su señalización hacia la Patria celestial, a menudo, y desgraciadamente con harta mayor insistencia y eficacia, la colonización en honor y servicio de su “Patrie” terrena, cuando no de su política de expansión, de hecho a lo menos, colonialista.

Por fortuna este colonialismo — en primer lugar el inglés, de tan triste memoria y tan estéril, el francés, con la eterna impronta de su egoísmo patrio — se ha derrumbado. Hoy África es un mosaico — demasiado mosaico, ya que esta “balkanización” acarrea, ciertamente, enormes peligros que no es éste el sitio de comentar — de nuevos Estados. Muchos, y bien intencionados, se escandalizan, y hallan a faltar aquellas viejas tutelas. Achacan la culpa de cuanto sucede a los norteamericanos. Otrora, la culpa de todo la tenía el clero; hoy la tienen los norteamericanos de cuanto pasa de malo en el mundo. Para los que estimamos al clero — permítasenos la ironía —, es una satisfacción sea esto así, ya que los norteamericanos tienen las espaldas muy anchas, y pueden darse el lujo de despreciar lo que a menudo no es más que la voz de la envidia. ¿No es, por ejemplo, un absurdo que se culpe a los Estados Unidos de lo que acontece en Biafra, sólo por el hecho de ser la nación más poderosa del Orbe? Que nosotros sepamos, y hasta hace muy poco, toda la zona del Níger era colonia inglesa, y, aún, teóricamente, pertenece al Commonwealth. A nadie se le ocurre pedir ninguna explicación a Inglaterra, que durante siglo y medio ha tenido sumidos en la lepra y en la indigencia a aquellos indígenas, y que aun ahora sería, entre todas las naciones — si es verdad esto de que la Commonwealth es aún algo real —, la más obligada a intervenir. Mas Inglaterra siempre ha tenido buena prensa... que siempre pagó bien.

Mas volviendo a temas más sobrenaturalistas, observemos que esta desaparición del colonialismo ofrece, incluso humanamente hablando, aspectos alentadores, y que corroboran la maravillosa afirmación de De Maistre, repetida por el Padre Ramière, viendo al Espíritu de Dios flotando sobre las olas del caos del mundo... Grandes han sido, sin duda, algunas de las catástrofes, guerras y desastres registrados en ciertos países al desaparecer la

tutela de las potencias propietarias: Kenia (Nyam-Nyam), Congo, y ahora Biafra-Níger, mas pocas, en realidad, ante la relativa paz y progreso en que se ha desarrollado el paso y etapas hacia la libertad de parte del mayor número de países africanos. Al fin y al cabo, se ha registrado en ellos los mismos que en la India: agoreros afirmaban que el fin de la dominación británica acarrearía la guerra entre castas y toda suerte de catástrofes... cuando no ha sido así, y en sus nuevas etapas libres la India se incorpora harto más rápidamente a la civilización que cuando estaba hecha, en una forma u en otra, una "British Dependency", directa o a través de los tributarios y ricos Maharajás... El mundo, dígame lo que se quiera, mejor dicho, el Tercer mundo, respira libre de la tutela y de

la explotación de que era objeto al verse repartido entre los imperios coloniales inglés y francés, que entre ambos ocupaban — hecho del que nadie se acuerda — más del 1/3 de la superficie del Globo, no para la civilización, sino para su provecho. Las tragedias del Congo o de Biafra, en definitiva, son poca cosa al lado de las ventajas de la liberación de tantos países, sacudidos por fortuna del régimen colonial, aun cuando no negamos subsista el peligro que representa la ambición tiránica de los dos temibles Colosos comunistas, lo que hace más sorprendente esta antes citada animadversión existente — de parte de tantos pedantes — hacia los Estados Unidos, cuya potencia es la única capaz, humanamente hablando — de detenerles.

«Ya no habrá más tiempo» (Apoc. 10-6)

Con las modernas técnicas, hoy el poder de los Estados, aun los que llamamos subdesarrollados, es muy grande. Guardando analogías — pues no hemos de confundir el nuestro con los países africanos —, observemos que, España, pese a la pobreza inaudita de su terruño y a tantos factores desfavorables, al verse, entre 1946 y 1950 aislada por una total incomprensión, casi, por así decir, del conjunto todo de las Naciones, inició la fabulosa reacción de su economía, exclusivamente con sus propios medios, sin la ayuda de nadie, y que constituye el actual "milagro español" (España hoy situada casi a la cabeza de muchos renglones industriales, de la producción de electricidad, de cemento, de grandes realizaciones en obras públicas, comparada con no pocos países del Globo). ¿Que no podemos esperar del auto-esfuerzo de tantos países africanos liberados de la tutela colonial?

En el terreno de las previsiones audaces, queremos recordar que el Papa invocó la memoria del que, después de Pablo de Tarso, ha sido el segundo genio intelectual de la Humanidad entera: Agustín. Y éste era africano. ¿Guardará algún secreto este hecho de los cruces de razas que se está desarrollando en el llamado Continente negro? ¿Brotarán nuevas inteligencias? ¿Grandes genios? Actualmente, pese a la llamada libertad de pensamiento, de investigación, de hecho, ningún intelectual que no pertenezca a algún "clan" editorial de París, de Londres, o, en todo caso, de un Oxford, de un Friburgo, una Lovaina, de un Heidelberg, en nuestra "Sociedad de consumo", pocas posibilidades tiene de darse a conocer. Hoy, un Donoso Cortés, un De Maistre, que llamasen tímidamente a las puertas de cualquier editorial de nuestras grandes capitales europeas, pocas probabilidades tendrían de ser escuchados. En nuestra repetida "sociedad de consumo" se olvidan, por la dificultad — paradójica en el siglo de la radio, de la "tele" y de las grandes rotativas — de darse a conocer, grandes valores que quedan ignorados. Otros, en cambio, que se cotizan como geniales — cuando tienen la fortuna de pertenecer al "clan" del gran periódico o de la gran revista, y de esto en la propia Barcelona o en Madrid tenemos, a la vista, bien vividos casos —, no son,

a menudo, más que mediocridades eternamente recurrentes al tópico.

Quizá la nueva "intelligentzia" (adrede utilizamos esta vieja palabreja, para entendernos) surgida de la nueva África, suplirá victoriosamente la eternamente pedante intelectualidad que, durante siglo y medio, tuvo su eterna sede en París y en Londres; y quizá nuevos genios aportarán, notoriamente en filosofía y aun en teología — dígame lo que quiera, actualmente en notoria decadencia —, una nueva savia a los caminos humanos. No en vano, repítámoslo una vez más, Paulo VI, para justicia o humillación nuestra, de europeos, nos recordó que Agustín de Sagaste, era africano.

Pero, en todo caso, nuestro Padre, el Padre Orlandis, no haría tanto hincapié en estas auténticas e instructivas verdades como lo haría en este otro aspecto, mucho más cordial, mucho más entrañable para nosotros, mucho más optimista: y es que los anhelos de Teresa del Niño Jesús se cumplen. Ella dijo que no quería descansar, en el Cielo, hasta que el Ángel proclamase: "Ya no habrá más tiempo" (Apoc. 10-6). Bien entendido, este designio puede parecer cumplirse, y quizá en el fin de los viejos tiempos misionales es cuando Teresa del Niño Jesús acepta precisamente el verse silenciada. Ella, la anhelante Santa Patrona Universal de las Misiones, gusta quedar como entre bastidores, transigiendo con la tontería humana que no sabe apreciarla, y que no puede comprender como, precisamente por cuanto fatigada, ahogándose en su penosa enfermedad, daba pasos dolorosísimos para "ayudar" a los misioneros, provocaba, providencialmente, este hecho maravilloso de que aquellos países, tan salvajes y tan lejanos, se hayan presentado, en homenaje al Papa, con su caravana de guardas negros, de automóviles y de Jefes de Estado con un acatamiento filial raras veces en la Historia registrado.

Y al presenciarlo, al contemplarlo en los fotograbados de la prensa, o en la "tele", nos parece oír como un susurro: "Je marche pour un missionnaire"...

UN DISCÍPULO

LA FIESTA DE CRISTO-REY, CORONAMIENTO DEL AÑO LITURGICO

En la reciente reforma del Misal Romano y del Calendario Litúrgico se ha mantenido la Fiesta de Cristo-Rey. Ha quedado intacta. No han salido con su desdichado intento los que la querían ver abolida, como si fuera innecesaria en la Liturgia, y más aún como si dicha Fiesta fuese el reverso de la mentalidad de hoy.

Y no tan sólo esto; sino que la reforma ha dado felizmente a la celebración de la Fiesta de Cristo-Rey un lugar más señalado y preeminente; la ha puesto en el último Domingo del Año Litúrgico, como meta, síntesis y coronamiento de todo él.

Recorre la Santa Iglesia, con el Año Litúrgico, su órbita anual alrededor del que es su Sol divino y humano, el Sol que la alumbraba y la vivifica, Cristo Jesús; lo hace recordando y representando al vivo los sagrados misterios de la Encarnación y de la Redención, y el gran fruto de ellos, que es la efusión del Espíritu Santo sobre la Iglesia en Pentecostés; y sobre ella y todos sus hijos desde entonces a través de los siglos.

En este recorrido anual tiene la Iglesia como centro vital de su órbita litúrgica la celebración Eucarística, Sacrificio y Sacramento, centro de toda la vida cristiana.

Y de este modo va progresando continuamente su fe en la soberanía del Hijo de Dios hecho Hombre, Salvador y Redentor del mundo. Todos los días, con nueva luz y nuevo ardor, que recibe del Misterio Eucarístico, reconoce el Pueblo cristiano a Cristo como Rey, y lo aclama como a Rey.

Ahora, pues, al haber puesto la Iglesia con tan acertada elección la Fiesta de Cristo-Rey en el último Domingo del Año Litúrgico, ha querido, sin duda, recoger en esta solemnidad todo lo que ha ido sintiendo y expresando sobre la verdad de la soberanía de Cristo durante todo el Año Litúrgico; y presentarnos en una Fiesta, toda ella dedicada a Cristo-Rey, una como síntesis y conjunto de la grandeza, significado, consecuencias y trascendencia de la gran verdad de la soberanía de nuestro Redentor; soberanía individual, familiar, social y universal; con todas sus derivaciones para toda la vida cristiana, y que se cifran en la adhesión firme de fe, de amor y de obediencia a Cristo-Rey y a su Vicario en la tierra; sumisión voluntaria y plena de las leyes públicas, de las ciencias y de las artes, de las ideas y de las costumbres sociales; en suma, de toda la vida humana, privada y pública; sumisión de derecho y de hecho.

Para mejor sentir con la Iglesia, y demostrar la gratitud y el júbilo con que la Revista "CRISTIANDAD" recibe la designación del último Domingo del Año Litúrgico para la celebración de la Fiesta de Cristo-Rey, como coronamiento de todo el Año de la Iglesia, deseamos que consten en estas páginas las dos cosas que este feliz acontecimiento nos sugiere: la fe secular cristiana en la soberanía de Cristo; y la relación de la Fiesta de Cristo-Rey con las apostasías de nuestra época.

1.º LA FE SECULAR CRISTIANA EN LA SOBERANÍA DE CRISTO

a) LA REALIDAD DE ESTA FE. — El Pueblo de Dios, el verdadero, definitivo y universal, el de la Nueva Alianza, el establecido por el Hijo de Dios, hecho Hombre, Jesucristo, con la acción vivificante del Espíritu Santo, para alabanza y gloria del Padre, recogió desde sus comienzos, como sagrada herencia, la fe del pueblo de Dios de la Antigua Alianza, la fe del Israel de las promesas, la fe completada y llevada a su perfección por Cristo: fe en un solo Dios, Señor del universo, Rey soberano de toda la creación y singularmente de los hombres.

Los Salmos, las Profecías y toda la Historia del Antiguo Testamento, proclamaban la fe de Israel en la Divinidad con estas tres palabras: *Dios* único; *Señor* soberano; *Rey* supremo que gobierna todo el universo.

Este triple término: Dios, Señor, Rey, que era la expresión completa de la triple verdad esencial de la fe de Israel, y que se repite innumerables veces en las páginas de los Libros Sagrados del Antiguo Testamento, la veían

resumida y la recordaban de continuo los verdaderos hijos de Abrahán, de Isaac y de Jacob en una sola línea del Salmo 94, el de la invitación a la manifestación de la fe y a la oración: "Deus magnus est Dominus, et Rex magnus": El *Dios* grande es *Señor*; y es el gran *Rey*.

Profesaba así, ante todo, Israel la verdad del monoteísmo, verdad fundamental; y precisamente había sido escogido por Dios para mantener y proclamar esa verdad, aun en medio de las naciones politeístas. No hay más que un Dios verdadero; es el único Dios; es "el que es" (Yahvé). Se le debe, pues, adoración; y sólo a Él.

Y el único verdadero Dios, como Creador que es de todas las cosas, las visibles y las invisibles, en el universo entero, es, por lo mismo, el verdadero y único Señor. Se le debe, por lo tanto, servicio; y sólo a Él. Todos los seres le deben servir, cada uno a su modo, como a Señor; y los hombres le deben servir racionalmente, con sumisión y obediencia voluntaria, y así meritoria de vida eterna; en

servicio de amor; amor a Él sobre todas las cosas. Si la primera palabra, "Dios", es el reconocimiento de la unicidad de Dios, la segunda palabra, "Señor", es el reconocimiento de su soberanía.

Mas Dios, que es Señor, no se desentiende de los seres que ha creado, ni vive en su inaccesible altura, en la forma que dicen los "deístas"; sino que también es el gran Rey; es el Rey que gobierna el universo; es el Rey que efectivamente reina sobre toda la creación, y en especial sobre los hombres, rigiéndolos y dirigiéndolos como verdadero Rey, por sus caminos de verdad y de bien al fin último para el cual los ha creado. Y, además, al gobernar a los hombres y a los Pueblos todos, como Pastor y como Padre, mirando por el bien temporal y eterno de su grey y de su familia; manifiesta en su mismo modo de gobernar a los hombres, y manifiesta espléndidamente, sus divinas perfecciones; la cual manifestación magnífica y luminosa de los atributos soberanos de Dios es lo que en la Escritura se llama "la gloria de Dios".

Así, en el Reino de Dios, vive seguro y dichoso Israel; como han de vivir seguros y dichosos todos los Pueblos que se sometan a la dirección y se atengan dócil y obedientemente al gobierno sapientísimo y benignísimo del que siendo el verdadero Dios y el verdadero Señor, es el Rey supremo.

Tal es la revelación del Antiguo Testamento; y en esta fe vivieron los verdaderos hijos del Pueblo escogido.

Empero, desde que en la feliz plenitud de los tiempos, bajó del cielo el Hijo de Dios a la tierra, y se hizo Hombre, naciendo de María Virgen; y nos reveló el gran misterio de la Trinidad de Personas en un solo Dios, dándonos a conocer a Dios Padre, y a Dios Espíritu Santo, y revelándose el mismo Jesucristo como verdadero Mesías e Hijo de Dios, un solo Dios con el Padre y el Espíritu Santo; y probó convincentemente su revelación con sus profecías y sus milagros, sobre todo con el de su propia resurrección de entre los muertos; desde entonces los cristianos aclamaron a su Divino Salvador y Redentor con las palabras de San Pedro: "Tú eres el Mesías, el Cristo, el Hijo de Dios viviente" (Mt. 16, 16); y con las de Santo Tomás, en la Octava de Pascua: "¡Señor mío y Dios mío!" (In. 20, 28). En una palabra, atribuyeron a Cristo Jesús, con pleno derecho, todo lo que de Dios se dice en el Antiguo Testamento; y así, con viva fe en su divinidad, en su soberanía y en su realeza, le reconocieron como *Dios*, a quien todos debemos adorar; como *Señor*, a quien todos debemos servir; y como *Rey*, Legislador y Juez, a quien todos hemos de obedecer, y en cuyo Reino hemos de vivir seguros y felices.

De aquí que en todos los Símbolos de la fe cristiana, las primeras y principales verdades que se afirmaban de Jesucristo son: su divinidad y su soberanía o realeza. Es Cristo el Hijo Unigénito del Padre, Dios verdadero de Dios verdadero; y es "el único Señor". Por lo cual prevaleció la fórmula predilecta de los cristianos para designar al Divino Salvador: "Cristo, Nuestro Señor"; "el Señor

Jesús"; empero entendida la palabra "Señor" como la expresó San Juan en el Apocalipsis: "El príncipe de los reyes de la tierra" (1, 5); "Rey de reyes y Señor de señores" (19, 6).

No hay cosa más palpable en la primitiva Iglesia que la fe en Cristo, Dios, Señor y Rey.

b) LA EXPRESIÓN DE ESTA FE. — La fe cristiana, que es don de Dios, merecido por Cristo, e infundido en el alma por el Espíritu Santo, como virtud, raíz y fundamento de la vida sobrenatural; y que como acto, es un acto interior del alma; se ha de expresar y manifestar en lo exterior, según tantas veces lo enseña y prescribe Cristo en el Evangelio. Y de hecho se ha manifestado y expresado siempre, no tan sólo en los Símbolos o Profesiones de fe, sino también en las dos formas principales que tiene la fe para expresarse: el Arte Sacro y la Sagrada Liturgia.

1) ¿Qué imagen prefirió, ya a los principios, el Pueblo cristiano para representarse a su Divino Salvador, Jesús? Inspirándose principalmente en el Apocalipsis de San Juan, escogió la imagen de Divino Rey, glorificado en el cielo, y que reina en la tierra.

Esta sublime imagen de Cristo es la que la naciente Iglesia adopta en sus cementerios y en sus templos. Sí; en los ábsides de las primitivas basílicas cristianas (la misma palabra "basílica", denotaba el concepto que del templo tenían los fieles: era el Palacio Real de Cristo, el "Basileus", el Rey), resaltaban con los vivos colores del mosaico, a típica representación de la "Maiestas Domini", como expresión plástica de la fe de aquellos primitivos cristianos, que aún en el mismo Misterio Eucarístico, Misterio de inmolación, veían al Rey divino sobre el trono del Altar, como si fuera un anuncio y una anticipación de su segunda venida gloriosa.

Hasta en las imágenes de Cristo Crucificado (¡cosa admirable y altamente significativa!), dominaba Él como en su trono real; era el triunfador de la muerte y del pecado; era el Rey de amor, con corona real y con vestiduras regias. Los Crucifijos eran "las Majestades".

2) Todavía más espléndidamente, con más constancia secular y con más universalidad, expresó siempre la Sagrada Liturgia la misma fe cristiana en la soberanía de Cristo, Señor y Rey. "Tú, Rey de la gloria, Cristo". "Tú eres el solo Santo, el solo Señor, el solo Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre". Así ha cantado la Iglesia desde sus comienzos, y así sigue cantando.

El carácter esencial de la Liturgia, el estilo clásico, por decirlo así, de ella, tanto en Oriente como en Occidente, reconoce una imagen preferente de Cristo, la de Rey divino, lleno de majestad y, al mismo tiempo, lleno de bondad, de misericordia y de amor.

"Resultaría un estudio muy interesante (escribe el gran liturgista Pius Parsch) ir siguiendo esta imagen del Cristo Rey en la Liturgia, a través del Año Eclesiástico, y con

los múltiples y continuados textos del Misal y del Breviario. He aquí, cuando menos, algunas indicaciones. Todo el Adviento aguarda con crecientes ansias al "Rey que ha de venir"; en los himnos se repiten continuamente las dos expresiones: "Rex" y "venit". Por Navidad, antes que los abatimientos de Belén, y aun por encima de las ternuras del Niño recién nacido, en el regazo de su Madre Virgen, la Liturgia celebra al "Rex pacificus", que ha hecho brillar su gloria. Sigue inmediatamente una fiesta de realeza, que es una de las mayores del Año Litúrgico, la Epifanía: el divino Rey se manifiesta, y despliega su magnificencia ante las gentes".

Por no alargar este artículo, no trasladamos a estas páginas las que el ilustre autor dedica a probar cómo en todo el Año Eclesiástico prevalece la imagen, el concepto, la realidad del divino Rey. Puede verlo quien lo desee en su obra "Año Litúrgico", vol. IV, págs. 59-61.

En esta fe de la soberanía de Cristo, Señor y Rey, vivió el Pueblo cristiano, con pacífica posesión de la verdad, como quien, guiado por el Espíritu Santo, sentía en

el fondo de su alma que todo su bien estaba en someterse al Reinado de Cristo; en corresponder al Rey de Amor, obedeciéndole; hasta que la malhadada pseudo-reforma protestante asestó un golpe terrible contra ese fe, y logró herirla en varias naciones de Europa, y después en los diversos continentes. Era el "nolumus hunc regnare super nos"; era la insumisión de la desobediencia. Pero el Concilio de Trento salió vigorosamente por la verdad; y condenó el error: "Si alguien dijere que Cristo Jesús fue dado por Dios a los hombres, tan solo como Redentor, en quien confíen, y no también como Legislador, a quien obedezcan, sea anatema" (Sess. VI, c. 21). Y Cristo es Legislador, como también es Juez supremo, porque es Rey soberano. Así lo enseña el Papa Pío XI, al citar las palabras del Tridentino en su Encíclica sobre la realeza y el reinado de Cristo.

Podríamos proseguir con otros documentos que prueban la fe secular cristiana en la soberanía de Cristo; pero habremos de amainar velas, para pasar al segundo punto propuesto.

2.º LA FIESTA DE CRISTO REY, Y LAS APOSTASÍAS DE NUESTRA ÉPOCA

El error protestante, de tan funestas consecuencias, pues si Cristo no es Rey y Legislador, a quien se deba obedecer, tampoco se habrá de obedecer a su Vicario en la tierra, ni someterse al Magisterio de la Iglesia Jerárquica, se siguieron después las lamentables apostasías, que nos presenta en cuadro tenebroso la Historia de los últimos siglos, y las que padecemos en nuestra época.

Las vio con certera visión, y las consideró con profundo estudio, el gran Papa Pío XI; y deseando, por una parte, poner remedio a tanto mal; y, por otra, reavivar en el Pueblo cristiano la primitiva fe en la soberanía de Cristo, instituyó, con fecha 11 de diciembre de 1925, la Fiesta litúrgica de Cristo-Rey, al publicar su admirable Encíclica "Quas primas", sobre el Reinado social de Jesucristo. También la Encíclica, como la Fiesta anual, tienden a orientar al Pueblo cristiano hacia la imagen y la realidad de Cristo, que en la Iglesia primitiva se presentaba como Rey divino, que está sentado a la diestra del Padre, y que al fin de los siglos volverá, en su segunda venida, lleno de majestad y gloria. Y fue perfecta la orientación que nos dio Pío XI hacia la soberanía plenísima de Cristo-Rey, para nuestra sumisión obediente y amorosa a Él y a sus representantes.

La Encíclica y la institución de la Fiesta de Cristo-Rey vino a llenar de luz celestial a la Iglesia, a sus hijos y a todos los hombres de buena voluntad en la época de las grandes apostasías; como fuerza divina en oposición a todas ellas, y como remedio divino de sus funestos estragos.

Pío XI, el gran Papa de la prudencia consumada, de las resoluciones irrevocables y de las pupilas centelleantes, fue el Papa providencial, que reunió en sí, como en viva síntesis, las cualidades más sobresalientes de sus tres insignes predecesores; pues juntó con la altura de genio de León XIII, y la santidad de Pío X, la visión clara y cer-

tera de Benedicto XV para proponer y resolver los problemas de su época, que es la nuestra.

La apostasía general había llegado a unos extremos desconocidos hasta entonces: apostasía del orden jurídico respecto del orden moral; apostasía del orden moral respecto del orden religioso; apostasía de las ciencias que cerraban los ojos a la luz de la revelación divina, y tenían como una cortapisa y una humillación todo lo que fuese dogma; apostasía de las artes, en insumisión práctica y teórica y en independencia cerrada y sistemática a los principios y normas de la moral humana y cristiana; apostasía de las almas, aun de no pocos cristianos, respecto del Magisterio y de la autoridad de la Iglesia, y aun del mismo Cristo.

Pues bien, en quel caos de apostasías se levantó intrépida la intención decidida y la acción firmemente apostólica de Pío XI; la de promover el reinado de Cristo, y de restablecerlo donde quiera que se hubiese hundido.

Fiel Pío XI al concepto eternamente cristiano de la soberanía de Cristo, recordó a los hombres que la fe en Cristo y la obediencia razonable, voluntaria y amorosa a la autoridad de Cristo, viviente en su Iglesia, debía penetrar y ordenar todas las actividades de la vida humana, ya sean científicas o artísticas, sociales o económicas, políticas, profesionales o familiares, comenzando por penetrar y ordenar la vida individual de los hombres.

Para salvar a la sociedad del siglo xx de los peligros mortales a que estaba expuesta, y a los que corría desalada por la general apostasía, había que reintegrarla al Cristianismo; rehacer una Cristiandad que influyese, por el reconocimiento de la soberanía de Cristo, en todos los problemas y situaciones que de hecho se habían creado en el mundo; recristalizar las ideas, las mentalidades, las costumbres y todas las instituciones humanas.

El establecer Pío XI la fiesta de Cristo Rey tomó como punto de partida la afirmación, contenida y probada en su Encíclica, de que "Cristo reina"; que es Él el soberano y único Señor de la humanidad. Esta afirmación categórica, que es como la contraposición de todas las apostasías, y de todas las afirmaciones del humanismo ateo de nuestra época, es válida sobre todo, y en primer lugar, en el ámbito espiritual.

La realeza de Cristo se ejerce, sin embargo, sobre los hombres, sobre las cosas todas de la tierra. "Los Estados (dice el Papa), los Príncipes, los Gobiernos, son los señores de sus dominios; y Cristo, cuyo Reino no es de este mundo, no quiere que su Iglesia intervenga directamente en ellos; pero Cristo quiere que su Iglesia les recuerde los principios espirituales y morales a los que debe conformarse su obra humana en el gobierno de los hombres; y que les insista en que también ellos deben promover el Reino de Dios".

Por lo tanto, se trata de una concepción *teocrática* de la acción de la Iglesia; tan imperiosa como la de un Inocencio III, pero radicalmente distinta, puesto que trasciende toda política humana, y sitúa la acción del Papa en un terreno puramente espiritual.

Mas esta "primacía de lo espiritual", como se ha dicho con frase feliz, no consiste en confinar la acción del Vicario de Cristo en las afirmaciones y condenas doctrinales, y en las meras demostraciones de principios.

Pío XI era un hombre eminentemente práctico, que no estaba dispuesto a encerrarse en la esfera de las ideas puras. Era el Papa realista que vivía en íntimo contacto con los hombres, los sucesos y las cosas. Era el historiador, que había bebido en el contacto asiduo con el pasado la firme certeza de que "en la Historia, el tejido vivo de los acontecimientos está hecho, a la vez, del pensamiento y de las

acciones de los hombres, y de las de Dios; ambos elementos se mezclan sucesivamente; y, a veces, se contradicen y chocan; mas siempre para que se establezca, y triunfe en definitiva, el plan de la divina Providencia". Dicho de otra manera, Pío XI sabe que para establecer el Reino de Cristo, tiene la Iglesia necesidad de los hombres; por eso, aquel gran teólogo de la Realeza espiritual de Cristo, fue el más atento a las exigencias de su época, a las necesidades y angustias de los hombres y del mundo; y llegaría a decir: Nos pensamos hablar como Jefe de la Iglesia Católica; pero también, y en cierto modo aún más, como hombre de nuestro tiempo; es decir, como testigo y actor personal de los acontecimientos que amenazan a nuestros contemporáneos".

Para establecer el Reino de Cristo y contrarrestar todas las apostasías, era necesario que el Papa y la Iglesia entera estuviesen presentes en todas partes y en todos los conflictos.

Es a Cristo, a quien todos deben adorar y reconocer como Rey, pues por derecho de su soberanía divina y humana impera en las almas, y como Rey de amor impone suavemente su soberana autoridad, no tan sólo a las almas, sino también a las sociedades humanas, en cuanto éstas tienen de espirituales, ya que están compuestas por hombres que constan de cuerpo material y de alma espiritual.

A este Cristo es a quien hay que colocar en el centro de toda vida.

La acción de Pío XI, durante los 17 años de su Pontificado, no tendió a otro objetivo.

Y nosotros hemos visto y estamos viendo cómo sus tres insignes sucesores, Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI, han tenido como norma invariable estar presentes en todas las vicisitudes, peligros y conflictos del mundo, para anunciar y promover "la Paz de Cristo en el Reino de Cristo".

ROBERTO CAYUELA, S. J.

Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

OCTUBRE

GENERAL. — Que la cura pastoral de los jóvenes que frecuentan las Universidades se ejerza fructuosamente conforme a las exigencias de nuestro tiempo.

MISIONAL. — Por la Iglesia en Nigeria.

NOVIEMBRE

INTENCION

GENERAL. — Que los cónyuges cristianos busquen ayuda en la gracia del sacramento para el desempeño de sus obligaciones y vencimiento de las dificultades.

MISIONAL. — Que las condiciones sociales y culturales en Africa se desenvuelvan de modo que favorezcan la vida de la familia cristiana.



UN ROSARI INOBLIDABLE

Entre els diversos santuaris camperols — ultrapassen la trentena per plans i muntanyes — que brufen la geografia mallorquina, n'hi alguns que exhaleu effluvis d'ascetisme perquè son regits per membres de la Congregació diocesana de St. Pau i St. Antoni, fundada pel venerable Fr. Joan de la Concepció, Mir i Vallés, a la meitat del segle XVII, transformant en cenobitisme el caduc anacoretisme illenc, que existia a la Balear Major des dels primers anys de la Conquesta de 1229 per l'alt En Jaume I d'Aragó. Fra Joan posà els fonaments de l'actual Ermita de Valldemosa pels volts del 1648; i donà una Regla — la primera regla eremítica entre noltros coneguda — a sos deixebles espirituals, sempre guiats pels fills de Sant Bru, radicada la Cartoixa de Jesús Natzaré a la mateixa vila de Valldemossa.

Cal localitzar-nos a l'esmentat edícol, que fou niu d'amors i colomer dels afectes del místic Cenobiarca, bastit per uns humils barons, armats de cilisi sota pobre burell, dins una parcela presa a la selva, en un replà de muntanya abrupta clapejada de pins escabellats. Clos gentil amb un "mirador" de meravella, el millor balcó del Mediterrani, al dir del Comte de Güell Un hàbit indefinible, mescla d'unció espiritual i de poesia, us envert tot d'una que arriban al recollit recinte. Cal caminar pausadament sobre el trespol de pedra viva, evitant tota mena de soroll profanador. Ses parets — com observà el poeta — fan una ombra penitent. El fossaret minúscul espera el pobre feix de la carn macerada. Uns xiprers en renglera atalaien la blava immensitat. Pertot la creu, l'amable defensiu, guardant l'entrada, celles, corredors, símbol d'austeritat i

penitència. Silenci extàtic, del que se n'impregna l'esperit asserenat.

Es un gust de l'ànima l'associar-se a la Corona mariana que, alternant amb el treball material, els ermitanets distribueixen de la faisó següent: primera part, amb els misteris de Goig, tocada la mitja nit; segona part, amb els misteris de Dolor, a trenc d'albada; i tercera part, amb els misteris de Glòria, a posta de sol. *Pare nostre, qui estau en el cel..., venga a nosaltres el vostre sant regne... Déu vos salve, Maria, plena de gràcia..., pregau per nosaltres pecadors...* Aquell rés acompanyat, sortit del fons del cor, amb accents de senzillesa, sembla transpirar una gran força d'intercessió, deixant un regust de cosa nostra, ben nostra.

* * *

Deixau-me recordar un dels antics sojorns a l'Ermita de Valldemossa per les festivitats dels llumenars del desert egipci St. Pau i St. Antoni, que s'encasten en el primer mes de l'any. Havien acabat les calmes de gener, sol amorós i aire serè. A mitjan tarda del dia 17 se mogué vent que xiulava a estones. Pujant per la costa marítima atravessaren l'espai gris vuit corps negres qui feien pensar en la Tebaida. Coneixedors dels canvis atmosfèrics, fogien depressa vers les crestes rocoses, on tenen sos caus inaccessibles. Al punt la ventada es tornà desinvolta amb salvatge vinclament de l'arbreda. "Hi haurà trenca", digué l'ermità Bernat. Més tard es presentaren uns nigulots que s'anaven estenent per enfora prenint la forma de draps mig esbuats. Entre les dues aubes del vespre se

Entre los diversos santuarios campesinos — sobrepasan la treintena diseminados por montes y valles — que puebla la geografía mallorquina, hay algunos que exhalan estuvis de ascetismo porque son regidos por miembros de la Congregación diocesana de San Pablo y San Antonio, fundada por el venerable Fray Juan de la Concepción, Mir y Vallés, a mediados del siglo XVII, transformando en cenobismo el caduco anacoretismo isleño, que existía en la Balear Mayor desde los primeros años de la conquista de 1229 por el alto Señor D. Jaime I de Aragón. Fray Juan puso los fundamentos de la actual Ermita de Valldemosa hacia el año 1648, y dio una Regla — la primera regla eremítica conocida entre nosotros — a sus discípulos espirituales, siempre guiado por los hijos de San Bruno, radicada la Cartuja de Jesús Nazareno en la misma villa de Valldemosa.

Conviene localizarnos en el mencionado edículo, que fue nido de amores y palomar de los afectos del místico Cenobiarca, construido por unos humildes varones, armados de cilicio, bajo el pobre hábito oscuro, en una parcela arrebatada a la selva, en un repecho de montaña abrupta, salpicada de pinos despeñados. Cercado delicioso con un "mirador" de maravilla, el mejor balcón del Mediterráneo, según el decir del conde Güell. Un hábito indefinible, mezcla de unción espiritual y de poesía, os invade tan pronto llegáis al recoleto recinto. Es preciso andar pausadamente sobre el "trespol" de piedra viva, evitando toda clase de ruido profanador. Sus paredes — como observó el

poeta — proyectan una sombra penitente. El cementerio minúsculo, espera el pobre haz de carne macerada. Unos cipreses alineados atalayan la azul inmensidad. En todas partes la cruz, la amable defensa, guardando la entrada, celdas, corredores, símbolo de austeridad y penitencia. Silencio estático, del que se impregna el espíritu después de serenarse.

Es un gusto del alma asociarse a la Corona mariana que, alternando con los trabajos manuales de los ermitaños distribuyen en la forma siguiente: primera parte, con los misterios de Gozo, pasada la medianoche; segunda parte, con los misterios de Dolor, al amanecer; y tercera parte, con los misterios de Gloria a la puesta de sol. Padre nuestro, que estás en los cielos..., venga a nosotros tu reino... Dios te salve, María, llena de gracia..., ruega por nosotros pecadores... Aquel rezo acompañado, salido del fondo del corazón, con acentos de sencillez, parece transpirar una gran fuerza de intercesión, dejando un regusto de cosa nuestra.

* * *

Dejadme recordar una de las antiguas jornadas en la ermita de Valldemosa en las festividades de las lumbreras del desierto egipcio, San Pablo y San Antonio que se incorporan al primer mes del año. Habían acabado las "calmes" de enero, sol amoroso, aire sereno. A media tarde del día 17 se movió un viento que silbaba a ratos. Subiendo por la costa marítima atravesaron el

feu un apilotament de negrors en l'horitzó ponentí. I de l'entranya d'aquella nigulada de mal averany en sortí una ràpida faror elèctrica. "Un llamp de neu", advertí l'E. Espiridió, simple baró qui tenia la costum de sermonar la mula, inseparable companyona seva de treball, el qual hauria pogut figurar entre aquells innocents personatges que esmalten *I Fioretti di San Francesco*. Passàrem mitja horeta a la calentor de la foganya.

Prop de les dotze de la nit em cridà, amb veu ungida de crisma, la campana solitària, *vox clamantis in deserto*. Aficats al choret, començarem la corresponent part del rosari. I al punt ens envolta un ambient esquitxat d'horrorura. Llampegava i tronava. Llamps forcats, trons esquerdatos. A cada lllenternada blavenca que entrava subitament per l'ull-de-bou, badaven més els ulls els sants del presbiteri. Oh, i quina renou més impressionant, Déu meu! Pareixia que l'enorme penyalar trebucava; que tot se'n venia per avall; que l'univers, romputs els seus perns, anava a un esfondrament total. Una cosa realment paorosa. La fi del món tan gros era el trotollament. Jo crec que els ecos de l'entorn udoïaven desconcertadament units a l'avalot de la mar alsurada a més no poder. Una nit rabiosament fantasmal. Seguí després el terrabastrall de la pluja que queia a portadores, com si se fossen obertes les catarates del cel. I tornà a rodolar, una estona més, el carro del tro, talment si passés sobre els nostres caps, frec a frec de l'Ermitori. Oh feretat! Mes en la capella,

plena de serenitat i de pensament, no es va interrompre el rès. *Pare nostre, qui estau en el cel... Santa Maria, pregau per nosaltres...* Un rosari deliciós, per confortador, dins aquella maltempada. Han transcorregut anys, i ho record al viu talment si fos ahir.

L'endemà tot el paisatge, com per art de fada, aparegué blanc, semblant un país d'encantament. Al cenobi, neu pel trespòl, per les parets, peis xiprers, per les teulades, pel fasser i oliveres, pel coll de la cisterna i en la creneta metàllica que corona l'espadaña. Bellíssim. Poesia pura, però intocable. Els ermitans Pau i Xim, per a que jo no n'hagués de trepigar per anar a l'esglesia, armats d'un càvec per hom, obrírem un caminet dins la neu que presentava la gruixa de dos palms. ¡Moltes mercès, bona gent! Déu us pag la caritat. Novament al choret, trepanats de fred que s'aficava al moll dels ossos, començarem la segona part de la Corona. *Per la senyal... Senyor meu, Jesucrist... Pare nostre, qui estau en el cel...*

El gel enravanava i arreulia el cos; el rosari escalfava i elevava l'ànima. Oh devoció saborosa més que mai, oh delícia entranyable en aquella nit tempestuosa! ¡Qui ha dit que el Rosari de la Verge Santíssima, tan inculcadament predicat entre noltros per l'apòstol dominicà Sant Vicens Ferrer, està manat a retirar perquè no és propiament oració litúrgica? ¡Callau, callau, bones inconsiderades!

B. GUASP, PR.

Ciutat de Mallorca, 1969

espacio gris ocho cuervos negros que hacían pensar en la Tebaida. Conocedores de los cambios atmosféricos, huían veloces hacia las crestas rocosas, donde estaban sus nidos inaccesibles. De momento el vendaval se desencadenó con salvajes sacudidas a la artoleada. "Habrá t'renca", dijo el ermitaño Bernardo. Más tarde se presentaron unos nubarrones que se iban extendiendo hacia fuera tomando la forma de lienzos deshilachados. Hacia las dos de la noche se formó un amontonamiento de negruras en el horizonte de poniente. Y de la entraña de aquel nubarrón de mal agüero salió el rápido fulgor eléctrico. "Un relámpago de nieve" advirtió el ermitaño Espiridión, sencillo varón que tenía la costumbre de sermonear la mula, inseparable compañera suya en el trabajo, y que hubiera podido figurar entre aquellos inocentes personajes que esmaltan las "Florecillas de San Francisco". Pasamos media horita calentándonos junto a la hoguera.

Cerca de las doce de la noche me llamó, con voz ungida de crisma, la campana solitaria vox clamantis in deserto. Acogidos en el pequeño coro, empezamos la correspondiente parte de rosario. Al momento nos envolvió un ambiente entreverado de horrores. Relampagueaba y tronaba. Rayos fugaces, truenos truncados. A cada linternazo azulenco que entraba súbitamente por el ojo de buey, lucían más los ojos de los santos del presbiterio. ¡Oh, qué cosa más impresionante, Dios mío! Parecía que el enorme peñalar vacilaba; que todo venía abajo, que el universo, rotos sus frenos, iba a un hundimiento total. Una cosa realmente pavorosa. El fin del mundo, tan grande eran las sacudidas. Yo creo que los ecos de alrededor udoaban desconcertadamente unidos al alboroto de la mar alzada a más no poder. Una noche rabiosamente fantasmal. Siguió después un

tarrabastal de lluvia que caía a cubos, como si hubiesen abierto las cataratas del cielo. Y volvió a rodar un rato más, el carro del trueno, talmente como si pasara sobre nuestras cabezas, ras con ras con el Ermitorio. ¡Oh pavor! Pero en la capilla, llena de serenidad y de pensamiento, no se interrumpió nada. Padre nuestro, que estás en el cielo... Santa María rogad por nosotros... Un rosario delicioso, por lo confortador, dentro de aquel tiempo espantoso. Han transcurrido años, y lo recuerdo tan a lo vivo como si hubiera sido ayer.

Al día siguiente todo el paisaje, como por arte de un hada, apareció blanco, parecido a un país encantado. En el cenobio, nieve en los entrepaños, en las paredes, en los cipreses, sobre los tejados, por los huertos y olivares, por la bajada a la cisterna y en la crucecita metálica que corona la espadaña. Bellísimo. Poesía pura, pero intocable. Los ermitaños Pablo y "Xim", para que yo no hubiera de pisarla para ir a la iglesuela, armados cada uno de la azada, abrieron un caminito en la nieve que tenía un grosor de dos palmos. ¡Gracias, buena gente! Dios os pague la caridad. Nuevamente en el pequeño coro, transidos de frío que se colaba hasta la médula, empezaron la segunda parte de la Corona. Por la señal... Señor mío, Jesucristo... Padre nuestro que estás en los cielos...

El hielo envaraba y encogía el cuerpo; el rosario calentaba y elevaba el alma. ¡Oh devoción sabrosa más que nunca, oh delicia entrañable en aquella noche tempestuosa! ¡Quién ha dicho que el Rosario de la Virgen Santísima, tan inculcadamente predicado entre nosotros por el apóstol dominicano San Vicente Ferrer, está mandado retirar porque no es propiamente oración litúrgica? ¡Callad, callad, bones! ¡inconsiderades!

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

(Continuación)

XVII

ALEMANIA: EL IMPERIO ANTI-TEOLÓGICO

AUSTRIA-HUNGRÍA: EL IMPERIO PATERNAL Y AMENAZADO (1)

«¡Cada una de estas capitales era un pequeño París!»

Hemos estudiado en nuestros artículos anteriores, la histórica-médula de Alemania y de Austria-Hungría: imposible estudiar las que llamamos las dos grandes Potencias Centrales, sin analizar previamente dicha historia, tan ligada, de otra parte, a un país de tan acusada cultura, corazón de la sociedad europea y que, con Francia, debía constituir el escenario de aquella época de refinamiento y aún, en cierto modo, de innato señorío, que llamamos "Belle Époque": una vieja sociedad agonizante, que la Revolución estaba acabando de deshacer, pero que fulguraba aún en sus últimos y más deslumbrantes destellos. Aun nosotros hemos oído de labios de viejos, testigos del pasado, hablarnos con nostalgia de las pequeñas, pero brillantes Cortes secundarias alemanas, del tiempo imperial, que conservaban su personalidad y su esplendor...: "¡Cada una de aquellas ciudades era un pequeño París!", se nos ha ponderado, sobre Munich, Karlsruhe, Baden, Stuttgart, Dresden. Desde su Príncipe hasta su burguesía, abundante, bienestante, culta y activa y un pueblo que desconocía la necesidad y la pobreza, aquella Europa Central era escenario, realmente, de algo que pasó para no volver.

Pero es pecado de los pueblos olvidar la felicidad que aun conservan en definitiva gracias a milenio y medio que llevamos de civilización cristiana, las esencias y los orígenes de donde derivan, para caer, y pecadoramente, en ambiciones políticas. Alemania y Austria no querían menos que acabar de convertirse en lo que entendemos por Naciones, en el sentido moderno (hijo de la Revolución) de la palabra, al ejemplo de Gran Bretaña o de Francia. Sobre todo Alemania, que poseía medios sobrados para coronar su hegemonía en Europa.

La alianza entre Alemania y Austria-Hungría

Hemos ya ponderado como Bismarck, además de su talento de saberse detener a tiempo — fueron, en realidad, sus sucesores, los que acentuaron la nota de la Alemania

agresiva —, mantuvo siempre la política cauta y prudente que ha sido objeto de nuestro artículo anterior. Ello le había de llevar, como obra a realizar por encima de todo, una alianza firme con Austria-Hungría.

Choca que se determinase a hacerlo, por cuanto ello acarrearba, casi permanentemente y sobre todo forzosamente, la enemiga de la siempre inmensa y potente Rusia, y la probabilidad de que ésta, como al fin ocurrió, se echase en brazos de Francia. Pero, a pesar de todo, y de tan tremenda probabilidad, Bismarck, que era quien menos la ignoraba (sus necios sucesores fueron quienes la negligieron), con cierto consciente fatalismo, estableció la alianza Austro-germana. Y es que la propia continuación (en su misma esencia) de su obra lo exigía: él no podía menos que ser fiel a sus propios principios germanísticos, y Austria-Hungría era el gran Imperio — aun cuando vacilante — en definitiva regido por una minoría germánica: Austria, siquiera el Austria propiamente dicha no constituyese más que la décima parte del Imperio Austríaco. El soldar para siempre a Alemania unificada, la íntima unión de la siempre violenta Prusia del Norte con los estados más pacíficos del Sur (Baviera, Wurtemberg, Baden, etc.), exigía, como premisa, que jamás pudiese volver a producirse una guerra entre la nueva Germania y la otra potencia teutónica o semi-teutónica: Austria. Ésta, en este caso, hubiera podido volver a desvelar eventuales veleidades de independencia en dichos Estados del Sur, que Bismarck deseaba — y lo logró — ahogar definitivamente. Ya hemos dicho: Bismarck sólo anhelaba, al morir, dejar consolidada su obra. De otra parte, la alianza Austro-Germana, como hemos visto, no hay que repetirlo, dejaba consolidado al mundo alemán. Alemania, con 80 millones de alemanes, aliada a un Imperio de 45 millones, de los cuales la parte dominante, en cifra de 8, eran asimismo alemanes. Dos grandes Estados, por tanto, proclamaban la hegemonía alemana desde el Báltico hasta Turquía. Alemania, la potencia germánica mayor, aliada y protectora de Austria-Hungría, potencia menor semi-germánica.

Por parte de esta última, tan rodeada de enemigos, así de fuera como de dentro (sobre todo las poblaciones eslavas), ¿qué mejor opción que el fuerte apoyo alemán? Su vecina Rusia, ambicionando siempre extenderse por Turquía y los Balkanes, y apoyando toda subversión en

(1) Por las razones expresadas en el artículo XV de esta serie, emprendemos el estudio de Alemania conjuntamente con el de Austria-Hungría.

Bohemia, en Croacia, en Eslavonia, estados de los Habsburgo, pero eternamente objeto de la vieja conspiración antiaustriaca. Su vecina del Sur, Turquía, era el caos. Por occidente, Italia, recién unificada, ambicionaba, quizá con algún fundamento, arrebatarle Trieste y Trento, y, contra toda justicia, el Tirol, tan histórica como racialmente austriaca. Como decimos, Austria-Hungría no tenía otra opción, y jamás fue a ella infiel.

Y así se estableció la sólida, sincera alianza austro-alemana, que solamente pudieron deshacer 4 años de la más tremenda Guerra I mundial, contra una coalición universal. La mutua lealtad perduró hasta la muerte.

Cierto que Bismarck tuvo, además, la habilidad maestra de establecer esta gran Alianza sin ofender demasiado a Rusia. Casi demostrándole que no iba contra ella. Es dudoso que este "paso de maroma" se hubiese podido mantener indefinidamente. Pero hombre era Bismarck (quien, después de Austria, no tenía otra preocupación que la de no enemistarse con Rusia) para realizar esta "cuadratura" del círculo. Los que no supieron realizarla, por su ínfima talla política, fueron sus sucesores, Guillermo II y su camarilla.

Y luego, la tríplice

En 1879, Bismarck obtuvo otro "triunfo" sobre Europa. Harto más discutible, por cuanto mucho menos limpio y claro, pero enormemente sensacional. El establecimiento de la "Triplíce" o triple Alianza: Alemania-Austria-Hungría-Italia. El ideal del Canciller de Hierro, era constituir una fuerte unión, conseguir una "Mitte-Europa", que, formando un verdadero bloque geográfico, sería ya un auténtico "eje" invencible, capaz de resistir perfectamente — con las ventajas de su fuerte unidad — la siempre temida "guerra de dos frentes", contra Rusia y contra Francia. Y hay que admirarse, al cabo de tantos años, de la sutileza de Bismarck con esta realización, bien que subsistan en ella muchas cosas que no se comprenden.

Éstas son: en primer lugar, choca que el Canciller y el tan competente Estado Mayor alemán, pudiesen tener la más mínima confianza en las condiciones y virtudes guerreras de Italia, país que, por su debilidad, ha sido siempre peor carga para sus aliados que para sus enemigos, y que sólo por analogía ostentaba el título de gran Potencia. Lo único que explica el interés de tenerla por aliada, era la facilidad que con ello se derivaba de atacar a Francia por el Sud-Este de la misma, liberándose asimismo Austria-Hungría de todo ataque por el lado del Tirol o mar Adriático. En segundo lugar, que Austria-Hungría se fiase de su vecino, ya que éste, que tan fácilmente había renunciado a vindicar Córcega y Niza (que son tan italianas) de Francia, reclamaba de Austria, sin ningún derecho el Tirol, y hacía mucho ruido con sus reivindicaciones sobre Trieste, punto este último en el que, en efecto, Italia tenía razón, pero que, en definitiva, representaba tan pequeña zona, que se veía claramente que, más que una justicia territorial, lo que perseguía Italia

era el seguir siendo instrumento de la antes citada eterna conjura antiaustriaca, que tantos desastres y errores debía producir en los Tratados de 1918-20 de triste memoria. Italia olvidaba Córcega, Niza, Túnez y tantas cosas que le había arrebatado Francia; pero conservaba todo el rencor hacia los Habsburgo que, en definitiva, solamente le debían Trieste y, a lo sumo, Trento. Dos ciudades. La ley del embudo, que demostraba que Italia no era sincera con su propaganda del famoso "irredentismo".

Si miramos las cosas desde el punto de vista italiano, nos chocan mucho más todavía. ¡Italia aliada de los Centrales, o sea de la aborrecida Austria! Sobre ello existen muchas explicaciones: ninguna es convincente por completo. Tan sólo una suma de razones circunstanciales, lo que demuestra que ninguna era básica ni sólida. La principal, pese a la eterna francofilia de los italianos y su no menos eterna austrofobia, era que Francia, una vez más agresora, se había adueñado de Túnez, con desprecio de cuanto había realizado en dicho país una benemérita colonia de italianos, que con su laboriosidad lo habían mejorado notablemente. Aquí Italia se había sentido legítimamente herida. Segunda explicación: en la época en que estamos (1879), Inglaterra era mucho más amiga de Alemania que de Francia. Italia, muy enfeudada comercial y marítimamente a Inglaterra, hallaba ventajas, por tanto, de ingresar en la Doble Alianza convirtiéndola en Tríplíce: esperaba sacar alguna tajada de Turquía con el doble apoyo inglés y alemán. Quedaba una tercera razón, bien poco confesable. Italia, con harto escaso fundamento, creía que Francia (cuya República, hasta 1880 fue, como ya hemos ponderado, tan influida por las derechas) podía volver a intentar la restauración temporal del Sumo Pontífice. Con un cinismo descomunal, Bismarck le dio a entender al Rey italiano y a sus papanatas ministros, que no merecen otro nombre, tan inverosímil era el cuento, que la protestante Alemania sería su mejor garantía para consolidar su posesión de Roma; y en su increíble desvergüenza llegó hasta prometerles que, para este mismo designio, nadie mejor que la Corte de Viena (¡precisamente la de los católicos Habsburgos!) para secundarles a tal fin. ¡Si alguna mentira en este mundo puede obtener perdón, en atención a la majadería de los engañados, había de ser ésta! Sea como fuere, el Canciller de Hierro llegó a establecer, bien o mal, tal extraña "Triplíce", que por el momento sirvió a sus fines, bien que en ella él mismo no creía, ni pronto creyó tampoco nadie. Ello no impidió, sin embargo, que burocrática y protocolariamente, este triple "tratado" (¿) no se fuese renovando y prorrogando hasta que llegó el estallido de la Guerra del 14, en cuyo momento Italia ya inició la tan esperada "voltaface", de tantos lustros atrás prevista.

Las colonias alemanas. Desde sus inicios, hasta 1914

Tiene lugar entonces el desarrollo de la hasta entonces incipiente "era colonial". Entre 1871 y 1880, Bismarck, siempre prudente, siempre maquiavélico, no creyendo mu-

cho en aventuras lejanas, prefiriendo la seguridad en su propia casa a extensiones problemáticas, había incluso, no sólo alentado, sino apoyado diplomáticamente a Francia para que éste se viniese formando un verdadero Imperio colonial, sobre todo en África. Esperaba — aun cuando, como ya era de pensar, en vano — que con esto se olvidase su reivindicación sobre Alsacia-Lorena. Mas hacia 1880 se dio cuenta de su error. Y con esto, para entonces, Alemania ya llegaba tarde en el reparto de tantos territorios ultramarinos. Ya Inglaterra y Francia se habían repartido, por las buenas, casi la mitad de las tierras por explotar del Orbe. Este despecho que quedó incubando en el subconsciente alemán, había de determinar, después de la ascensión de Guillermo II, la dirección de éste y de su pueblo hacia la “Weltpolitik”, la llamada política mundial, no sólo en busca de una hegemonía universal, sino de posesiones coloniales proporcionadas a la importancia de Alemania. Se trataba de la aspiración, de otra parte, natural y aun justa, de alcanzar para Alemania, según frase de la época, “un puesto bajo el Sol”. En este tiempo, sin embargo (aprovechando anteriores iniciativas geográficas derivadas de los insignes ejemplos de Humboldt, exploradores, comerciantes, lustros atrás enviados por Prusia), aun cuando tarde, se inicia la adquisición de un número limitado de colonias por parte de Alemania; los vamos a enumerar sucintamente. En el Sudoeste de África, en extensa zona entre la Colonia del Cabo y las regiones del Orange, Transvaal, Rodesia, etc. y el Océano Atlántico, las regiones de los Damaras y Namaquas, al sur de Angola, quedaban bajo el pabellón alemán, bien que Inglaterra se reservaba, en su corazón, un puerto: Walfish-bay. Era un país pobre y desértico, poblado por razas infrahumanas. En el este africano, inmediatamente bajo el Ecuador, Alemania conseguía la única verdadera colonia rica, que apenas pudo llegar a explotar, por habersele echado encima la guerra del 14, habiendo sido arrebatada por Inglaterra la cual la codiciaba tanto, pues con ello consiguió (aun cuando por brevísimo tiempo) realizar su ideal: Una África inglesa que se extendió del Cairo al Cabo y que comprendía casi los 2/5 del continente negro. Tal Este africano, o África oriental alemana, como se llamaba en su época, era lo que luego se denominó Tanganika, y hoy se halla parcelado en distintas neo-repúblicas. También, sin embargo, Inglaterra le regateó esta posesión, obteniendo la permuta a su favor de la Isla de Zanzíbar, que la controlaba. En la Guinea, al norte de nuestro Muni, y al este del Níger inglés — que hoy ha degenerado en sitio de tanto dolor y lucha —, la expansión germana conseguía colocar su bandera en el territorio del Camerún. Y, más al oeste, conseguía trabajosamente, en pleno corazón del África francesa, una corta sección: el Togo.

En Oceanía, Alemania nos “adquirió” (fue una denominación elegante de disimular la expoliación de que España fue objeto, bien que, en definitiva, no perdió nada de bueno) los homeopáticos archipiélagos atomizados (atomizados en cantidad, y ahora, cien años más tarde, atomi-

zados por cuanto son escenario de las pruebas nucleares) de las Marianas, Palaos y Carolinas, que en 1914 habían de ocupar los japoneses. En Asia, en fin, conseguía establecerse en Tsing-Tao, en la costa china, siendo notable que Japón, la propia China, etc., que siempre se habían resignado a que Inglaterra les despojase de Hong Kong, Wei-hai-Wei y tantos otros puertos, así como Francia, etc., protestasen airadamente por el hecho de ver un solo puerto (¡uno solo!) en manos germanas. Hay que reconocer — sin olvidar sus defectos — que, a Alemania, siempre se le aplicó la ley del embudo, y que su indignación contra la hipocresía franco-británica estaba, mil veces, justificada.

No tenemos espacio para extendernos en los avatares de esta colonización. Pero de todos modos, aprovechamos esta oportunidad, para efectuar la descripción de lo que fueron colonias alemanas (como hicimos de las inglesas y francesas) que, de hecho, ya vienen a ser las mismas de 1914 (si exceptuamos el pequeño aumento de que fue objeto el Cameroun en 1909-11, por una pequeña concesión — dos franjas de terreno para alcanzar el río Congo — arrancadas por Alemania a Francia, como ínfima compensación a haberse, esta última, apoderado del protectorado de todo Marruecos). Contra los 25 millones de kilómetros cuadrados y 350 millones de habitantes que alcanzaba el Imperio universal inglés, y los 10 millones de kilómetros cuadrados y 90 millones de habitantes del francés, las colonias alemanas apenas llegaban a 2 millones de kilómetros cuadrados con una población insignificante. La desproporción era manifiesta, habida cuenta de que, en las metrópolis, la superpoblación germana era muy superior, y su necesidad de expansión también, habida cuenta la superioridad de la industria y también de la demografía alemanas. Dejando aparte otras consideraciones de justicia, era visible que el mundo colonial estaba muy mal repartido, y que Inglaterra era incapaz — como lo demostró — de cumplir las más elementales funciones sociales coloniales.

En cuanto a Austria-Hungría, nos limitaremos a decir que, por tratarse de la única gran Potencia que llevó siempre una política no sólo no agresiva, sino honrada, era asimismo la única que jamás poseyó ninguna colonia ni pensó en tenerla. ¡Quizá por esto fue siempre presentada por todos los sectarios como la encarnación del despotismo! Y no era por falta de dotes ni de actividad comercial: en esta época — fin de siglo e inicios del xx — las compañías de navegación austríacas sitas en Trieste, eran las mayores y mejores del mundo tras de las inglesas. Pero Austria siempre jugó limpio. Quizá por esto — hablando ahora humanamente — se perdió.

La caída de Bismarck. Sube Guillermo II. La «Weltpolitik»

En 1888 murió el viejo Emperador Guillermo I. Su hijo y su sucesor Federico III, ya atacado de grave enfermedad sólo estuvo contados meses en el trono. Le sucedió Guillermo II.

Y ocurrió lo que se podía prever. Ascendió, en Alema-

nia, al poder la juventud — personificada por el barbilampiño Emperador —, pedante y memó. Como ocurre con los jóvenes — y más que nunca, actualmente, en nuestro tiempo, lo vemos —, en su estúpida altanería inconsciente, creía (y su flamante soberano el primero) —, y llegó a pensarlo en serio, que ella había sido la fundadora del gran Imperio, y la heroica, en Sadowa y en Sedán, olvidando que para entonces se hallaba aun en la lactancia. En breves palabras: aprovechando cualquier pretexto — aquí importa poco que fuese un episodio de las luchas del Reichstag — el inexperto Guillermo II arrinconó al viejo Canciller, dando el eterno ejemplo de adónde llega la más típica pedertería. Lo mismo ocurrió con los polícos, con los concienzudos y experimentados militares del del Estado mayor. Alemania se convirtió en una camarilla, tanto más cuanto que todo el sistema democrático de la misma era asaz teórico (unos parlamentos cuya principal función era hallar fondos), y, de otra parte, los Estados subalternos federados (Baviera, Sajonia, Wurtemberg, etc.) ya sólo poseían una personalidad teórica.

Los resultados de la toma del poder por parte del inexperto Kaiser fueron decisivos: en 1891 se efectúa la tan temida, y siempre evitada por Bismarck, alianza franco-

rusa. Hasta fin de siglo, sin embargo, la actuación de Guillermo II fue algo prudente: quizá al darse cuenta de aquél (que debía ser el tremendo inicio del futuro aislamiento de Alemania-Austria-Hungría), volvió a seguir la política del viejo Canciller, retirado en su casa de Friedrichsruhe, y aprovechándose de la última gran querrela colonial franco-inglesa por la posesión de Egipto, con el conflicto de Fachoda. Pero poco supo sacar ya Guillermo — otro hubiera sido lo que hubiera hecho Bismarck — de aquel río revuelto tan interesante para una política germana sagaz. Las torpezas del Emperador alemán siguieron, notables, con motivo de la guerra del Transvaal — sin saber sacar partido de la justa animadversión mundial que se había ganado Inglaterra — y los avatares del fin de la época Victoriana. Sólo soñaba en su flamante "Weltpolitik", en la que sólo sabía sacar a relucir fanfaronadas y uniformes brillantes. Acaba el Zar de convocar — intento lleno de buena fe, sin resultados prácticos — la Conferencia de la Paz en La Haya. Comenzaba el siglo xx. Y con él la "Weltpolitik" se había convertido en el "leit motiv" de Alemania.

LUIS CREUS VIDAL

Tenemos necesidad de que la Virgen nos ayude. Un atormentado y famoso escritor espiritualista y realista, Charles Peguy, comparaba los Padrenuestros y Avemarías del Rosario a los bajeles navegando victoriosamente hacia el Padre (Cf. Misteiro de los Santos inocentes, 1912). Nosotros debemos intentar esta mística empresa.

Y no se diga que haciéndolo así «instrumentalizamos» la oración, el culto a la Virgen en favor de nuestras necesidades temporales y que con la religión así practicada cedemos al utilitarismo que penetra todas las formas de la vida moderna. No es, ante todo, ningún mal hacer de la oración una confesión de nuestras limitaciones, de nuestras necesidades, de nuestra fe de obtener de lo alto aquello que con nuestras fuerzas no podemos conseguir; ¿no nos lo ha enseñado el mismo Jesucristo? «Pedid, y se os dará; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá...»

Y aún podemos añadir a propósito del Rosario otras dos observaciones. O sea, la oración de petición del que lo recita, se funde, y casi se trasfunde en oración contemplativa, por la presentación a la mirada espiritual del orante de los llamados «misterios del Rosario» que hacen de este piadoso ejercicio mariano una meditación Cristológica, habituándonos a estudiar a Cristo desde el mejor puesto de observación, o sea desde María; el Rosario nos afirma en Cristo, en los cuadros de su vida y su teología, no sólo con María, sino además, en cuanto a nosotros nos es posible, como María que es ciertamente la que más que todos lo ha pensado, lo ha comprendido, lo ha amado y lo ha vivido.

En segundo lugar el Rosario por lo que tiene de confianza nos pone casi en diálogo con María, nos lleva junto a Ella, a sentir su encanto, su estilo evangélico, su ejemplo educador y transformante; es una escuela que nos hace cristianos...

(Alocución de Pablo VI, *L'Osservatore Romano*, 9 de octubre de 1969.)

La traducción del Canon Romano de la Misa

(Conclusión)

J *Meménto* de difuntos.

1) Además de haberse traducido segunda vez *fámulus* por hijo (v. n. B 1), me atrevería a calificar de incorrección gramatical la frase “nos han precedido EN el signo de la fe”. Porque

uno precede a otro en el camino
en el cargo
en el uso de la palabra
en la muerte
pero nadie precede EN el signo,
sino en hacer una señal o signo,
en percibir o recibir
en ser marcado CON un signo o señal, etc.

Podría tolerarse la expresión “preceder EN el signo de la fe” (aunque siempre sonaría a cosa rara) en el caso de que, con toda certeza — que no la tenemos — *signum fidei* significase el Bautismo; pero todavía podría solamente tolerarse si se tratase de difuntos que hubiesen recibido el Bautismo ANTES que el celebrante y los presentes. Aun así, la equivalencia “signo de la fe = Bautismo” es para la gente, al menos hoy por hoy, enteramente desconocida. Y si por *signum fidei* se entiende el “carácter” que imprime en el alma el Bautismo (que parece lo más probable, de acuerdo con JUNGSMANN¹), no queda más remedio que traducir “nos han precedido CON el signo de la fe”. Por otra parte, y en el caso presente, el texto original latino emplea una preposición que habría bastado traducir literalmente y de la que no había que separarse sin razones concluyentes: *CUM signo fidei*, esto es, “CON la señal (mejor que signo) de la fe”.

2) *ut indúlgeas deprecámur*. Está trasladado a la traducción oficial simplemente por “concédeles”, barriendo el *deprecámur*, para el que no tiene la más mínima explicación la pretendida excusa del ripio. Por lo demás, creo que está mucho mejor “otorgar” que “conceder”.

K *Nobis quoque*.

1) El texto original trae un *quoque* que no está suficientemente traducido con un “Y (a nosotros...)”. Ha de ser “también”.

2) La traducción oficial ha omitido la versión de *fámulis tuis*. (Cualquiera podría llegar a pensar que la traducción oficial siente rubor de que nos reconozcamos siervos de Dios. Son varias las veces que o suprime la palabra o la traduce por otra de significado completamente distinto).

3) *partem áliquam et societátem donáre* no queda bien traducido — ni siquiera traducido — por “admitenos en la asamblea” de la traducción oficial. El texto original contiene tres ideas: *áliquam*, *partem* y *societátem*. La primera de estas tres ideas (expresión de un sentimiento de modestia) no está trasladada a la traducción. La segunda sólo lo está implícita y muy imperfectamente en el “admitenos”, cuando habría de estar expresada por “parte, participación o partícipes”; la tercera, que habría de ser expresada por “compañía” o al menos “comunidad o comunicación”, está sustituida por otro concepto distinto y mucho más pobre: “asamblea”. Por muy de moda que esté hoy el vocablo “asamblea”, y por mucho que estimemos legítimo dar el nombre de “asamblea” a la reunión y conjunto de los santos de la Iglesia triunfante (lo cual creo bastante discutible), “admitenos en la asamblea” no sólo no reproduce las palabras y el pensamiento del original, sino que lo empobrece y le quita unción. ¡Cuánto mejor “alguna participación y compañía” o algo semejante! (V. trad. enmendada.)

4) *intra quórum nos consórtium* no es simplemente “compañía” (ésta es *societátem* de antes), sino “común suerte”, *con-sors* (de donde “consorte”). En mi traducción enmendada, a “común suerte” he añadido el especificativo aclaratorio “de felicidad”. Además:

4₂) otro caso de innecesaria y nada beneficiosa supresión de relativo: “EN CUYA común suerte...”. A mayor abundamiento:

4₃) Como ya antes la traducción oficial ha empleado — desafortunadamente — “admitenos” (véase 3), ahora ha tenido que traducir *admitte* (“admitir”) por “acéptanos” (*accípere* o *acceptáre*), que aquí no cae bien.

5) *non aestimátor*... La traducción oficial empobrece notablemente la expresión latina y su belleza y poesía. ¡Cuánto más bello, en efecto, más honroso para Dios, y de mayor unción — así para el sacerdote que recita como para los fieles que escuchan — la traducción enmendada!

6) “conforme a tu bondad”, como escribe la traducción oficial, ya se ve sin necesidad de más comentario que no es traducción ni por asomo de *veníae largítor* (otorgador de perdón, como he puesto en la traducción enmendada).

L *Per quem*.

1) El texto original comienza con un relativo *per quem*, “por el cual”. No habría perdido nada, antes habría ganado mucho, la traducción oficial si no lo hubiera sustituido por un pronombre no relativo.

2) Es de alabar, dado el rito secular actual, la susti-

J. 1. O. c. II, II, 331, sobre todo nota 26.

tución de *HAEC omnia* por “todos los bienes”. (No acierto, con todo, a percibir la necesidad de decir “*SIGUES creando*”).

3) *praestas nobis* no significa repartir, sino dar, alargar, suministrar, poner al alcance o a nuestra disposición, otorgar, dispensar (algo; no de algo), regalar, entregar (para nuestro uso), etc. No hay en el *praestas* concepto ninguno de reparto o distribución.

M *Per ipsum.*

1) *Ipse* en buen latín (que no hay por qué negárselo al Canon romano en este punto y en otros muchos) no significa “el mismo” (que en latín se dice *idem*) sino “él mismo” (con acento en el pronombre) y, por lo menos un refuerzo y mayor energía expresiva de “mismo”. Hay, pues, que traducir “Por el mismo Cristo...” o “Por Cristo mismo...”, tanto más cuanto que — y ésta es la razón de *ipsum* — los dos párrafos o plegarias precedentes hablan de Cristo.

2) *est tibi omnis honor.* La traducción oficial no vierte el *est*; con lo cual, la frase de ella, sin verbo, lo mismo puede entenderse “es” que “sea”. El latín dice abiertamente “es”, y esto ha de decir la traducción.

3) Siento recelo a propósito de la locución “en LA unidad con el Esp. Sto.”). No hago más que apuntar la también en la traducción de las colectas, etc.), por razones más que lingüísticas, litúrgicas y teológicas. Lingüísticamente, con todo, me parece discutible si ha de ser “en la unidad del Espíritu Santo” o si habría de ser “en unidad de Espíritu Santo” (es decir, sin artículos, de que carece la lengua latina). Litúrgicamente: porque, si abrazamos la explicación de JUNGSMANN¹ (tanto en esta

M. 1. O. c. respectivamente II, II, 370 y II, I, 488 con sus notas. En la cuestión de la doxología final del Canon, JUNGSMANN compara el Romano con el de San Hipólito, con el que dice que guarda estrecha relación, y establece este paralelismo:

...*Deo Patri omnipotenti in unitate Spiritus Sancti...* ...*Patri et Filio cum Sancto Spiritu in sancta Ecclesia tua...*

Sin embargo, y a pesar de que el autor se apoya en que la Iglesia es una “unidad in *Spiritu Sancto congregata*”, las diferencias son demasiado grandes entre uno y otro Canon como para obtener la conclusión pretendida. El Canon de San Hipólito es ciertamente trinitario; el romano no resulta tal en la explicación de Jungmann; Hipólito menciona explícitamente al Espíritu Santo y a la Iglesia, el Canon romano cita al Espíritu Santo explícitamente y no a la Iglesia. Además “in *unitate Sp. Scti.*” que Jungmann contrapone a *scta. Ecclesia tua*, podría igualmente ser colocado sin dificultad a continuación de *Deo Patri omnipotenti*, y equivaldría (dado que el Hijo ya está mencionado en *per ipsum*) a la mención trinitaria de Hipólito. No me parece, pues, demostrada la tesis de que in *unitate Sp. Scti.* signifique “Iglesia” (ya sea la militante ya la triunfante) y que, de consiguiente, la doxología final del Canon romano no sea trinitario.

Respecto de la conclusión de las colectas, etc., el hecho de que en ellas se diga de Jesucristo *qui tecum vivit et regnat* (por tanto, mención de dos Personas divinas y precisamente confesando la divinidad del Hijo) parece exigir la mención del Espíritu Santo; lo que se cumple si in *unitate Sp. Scti.* se entiende no ya de la “Iglesia”, sino del divino Paráclito. Así lo interpreta la traducción catalana de las colectas, que dice “...viu i regna am Vós conjuntament amb l'Esperit Sant...” (vive y reina con Vos conjuntamente con el Esp. Sto.)

doxología como en la conclusión de las colectas), éstas y aquélla resultan fórmulas eclesiales, pero no trinitarias, lo cual no me parece muy admisible sobre todo en nuestra doxología. Teológicamente (y en la hipótesis de tratarse de una doxología trinitaria): la Unidad de Dios no depende de la Persona del Espíritu Santo ni de una “apropiación” a ella ni del Amor de este Espíritu, sino de la mismísima esencia o sustancia divina (y, por tanto, sería desacertado hablar de “LA unidad DEL Esp. Sto.”, y habría que decir “en unidad DE Esp. Sto.” o “en unidad con el Esp. Sto.”. No hago más que apuntar la dificultad (que convendría resolver), para la cual no me siento con suficientes conocimientos litúrgicos y teológicos. ¡Ojalá los poseyera más abundantes! Tanto más cuanto que estimo ser muy pocos los liturgistas que merezcan el nombre de teólogos, y muy pocos los teólogos que merezcan ser tenidos por liturgistas).

III. CONCLUSIONES

Desde que comencé, ya antes de mi ingreso en Religión y de las sagradas Órdenes, a interesarme por la Liturgia mucho más de lo exigido por mi condición sacerdotal (y en tiempos en que interesarse por la Liturgia era poco menos que una chifladura), han desfilado bajo mis ojos muchas páginas ya vulgarizadas ya científicas sobre asuntos litúrgicos y especialmente sobre la Santa Misa. Siempre en aquellas páginas he topado con grandes encomios acerca del Canon romano: su simetría, su ritmo, su alteza de conceptos, su nobleza de lenguaje, su unción, etc., etc.

Quizá tras tales encarecimientos latía una mentalidad excesivamente dada a ensalzar indiscriminadamente todo cuanto perteneciese a la Iglesia y viniese de Roma, diametralmente opuesta a la de no pocos de hoy, que no parecen conocer otro medio de demostrar su personalidad (o quizá mejor su gregarismo) sino el de criticar y arrasar todo lo pasado por el solo hecho de ser anterior a nosotros, máxime (y es inconcebible) si atañe a la Igle-

III. 1. El hecho de estar aprobado por el Episcopado español y por el hispano-americano la traducción oficial (argumentando *ad hominem* podría añadirse: ¡tantas cosas aprueban y deciden los Obispos, y son desobedecidas y criticadas!) nada dice en contra de mis comentarios desfavorables a dicha traducción. No se puede pedir a los Sres. Obispos que sometan a rebuscado examen lo realizado por aquéllos en quienes han puesto su confianza: basta con que echen una mirada general y que tengan fundamento (al que a veces la realidad no responde) para estimar que no se ha abusado de dicha confianza.

Tampoco se opone a mis comentarios el hecho de tratarse de una traducción confirmada por el “Consilium”. Porque asimismo la tarea de éste no es hurgar en la traducción y decidir sobre su fidelidad y demás condiciones, sino solamente poder llegar a la conclusión de que no es inepta para el uso litúrgico ni sustancialmente diferente del original. El mismo “Consilium”, que confirmó la traducción del “Ordinarium” censuró poco después públicamente y por escrito que *Dómine, exáudi orationem MEAM* se hubiese traducido por “Señor, escucha NUESTRA oración”. Y en la hipótesis de que el “Consilium” hubiese más o menos privadamente autorizado determinadas licencias al traducir, esto no empece para juzgar que una traducción... no es “traducción”.

sia — cerrada, incomprensiva, jurídicista, conservadurista — y si viene de Roma — autoritaria, preceptista, rúbricista —. Sin negar la posibilidad y hasta la realidad de alguna exageración, y sin desconocer imperfecciones en el Canon romano (como en toda obra humana — también en las de hoy —), una consideración imparcial y desapasionada no puede dejar de reconocer, como tantos sacerdotes y estudiosos conmigo, que el texto latino de este Canon es un “chef d’oeuvre” como dicen los franceses, un “capalavoro” según frase italiana y una obra maestra como sentenciamos en nuestro sonoro castellano.

El estudio a que me he visto invitado a dedicarme para poder escribir estas presentes páginas me ha permitido profundizar en las bellezas doctrinales y literarias del texto latino del Canon romano, y (sin negar cualquier imperfección que se le quiera achacar) convencerme de que “no se me había referido ni la mitad” de lo que contiene. (III Reg. 10, 7).

El Concilio, tan sabia cuan pastoralmente, resolvió dar alcance universal y amplio a las hasta entonces tímidas y limitadas concesiones particulares para el uso de las lenguas vernáculas. Fue un “legítimo progreso” (Const. de Lit. art. 23) que en nada se oponía ni ha de oponerse a la “sana tradición” (id.). No siempre se ha seguido desde el Concilio esta doble norma, sabia y clara. Uno de los casos de descamino es, desgraciadamente, la traducción del Canon romano que he comentado en estas páginas.¹ El Concilio y la Santa Sede no han autorizado (al menos de una manera oficial y pública) no sólo a los diversos traductores, pero ni siquiera a la “autoridad territorial” (cfr. Const. de Lit., art. 22) a introducir textos nuevos, a modificar los universalmente establecidos para la Iglesia de rito romano, ni a traducirlos libremente (sino sobre el texto original latino). Y, sin embargo, y en el caso concreto de nuestra traducción oficial del Canon, su examen pone de manifiesto una modificación del texto original y una inconcedida libertad en lo que eufemísticamente llamamos traducción, y no es “traducción”.

Es llegado el momento de resumir las páginas que preceden:

La traducción oficial castellana del Canon romano

A. LITERARIAMENTE

1.º **no es fiel**, puesto que

- a) añade palabras y conceptos que no están en el original latino, y que no vienen exigidos ni por la diferente índole de las dos lenguas ni por mejora de claridad: véanse en el Comentario los casos G2, G2₂, I5, L3.
- b) suprime del original no sólo palabras: C3, C6, C7, D1, D5, E5, F6, G2, J2, M1, sino también conceptos: A2, B2, B5, B7, D4, E2, E3, G3, H3, K2, M2.
- c) altera el pensamiento del original: F2₂, F8, F nota 4, G2₂.

d) traduce erróneamente:

1. suprime o enerva el vigor de partículas gramaticales: A3, C2, F5, K1.
2. atribuye un significado falso a ciertos términos: A6, E4, G7.
3. vierte por palabras de distinto significado: B1, B3, C4, D3, E1, F7, F8, G2₂, G4, G6, G8, H1, H1₂, H3, K3, K4.

2.º es **incorrecta**, por

- a) faltas de ortografía y de sintaxis: A4, F2, J1.
- b) exclusión de construcciones gramaticales castizas y más correctas (por lo menos lógicamente): C5, L1 y otros casos semejantes que no catalogo en el Comentario.

3.º **no es apropiada** para la recitación en voz alta, ya que

- a) está falta del debido “cursus” agógico y dinámico: I6, I nota 2.
- b) echa en olvido el debido ritmo de los acentos: F1, I1, I6-6₃, y otros muchos casos de a) y de b) que podrían ser citados.

B. CONCEPTUALMENTE

- 1.º **altera el pensamiento** del original, como he dicho en 1.º c).
- 2.º **falta a la lógica**: los miembros de la frase no están colocados según exige su importancia lógica: A3, B6, I3, 16-6₃.
- 3.º **trastueca** la mutua dependencia y subordinación de conceptos dentro de una misma frase o locución: B4, I2, K5, K6.

C. HERMENÉUTICAMENTE

- 1.º **interpreta contrariamente** al significado gramatical, a la tradición y al sentido escriturístico: F2₂ con F3-3₇, más F nota 4.
- 2.º **impone** por la fuerza de una traducción oficial, y en virtud de esa interpretación, una opinión antitradicional y gratuita: F3-3₇ y nota 4.

D. PASTORALMENTE

- **son de difícil inteligencia** para el pueblo español o hispano-americano o en él engendran confusión algunas de sus expresiones: C1, F7.

E. RELIGIOSAMENTE

- **carece de unción**; por la supresión de aquellas fórmulas de cortesía, respeto y humildad que contiene el original (cfr. A8, D2) y por el cambio o supresión del lenguaje figurado (cfr. D5), que depauperara a la traducción oficial, y la reviste de un estilo y aridez de texto legislativo.

Es claro que no todos los reparos enumerados son de la misma importancia; y no niego que alguno de ellos sea susceptible de discusión y hasta de error por mi parte. Estamos, no obstante, a la vista de un conjunto tan numeroso de objeciones, que ni todas ellas ni la mayor parte siquiera son merecedoras de menosprecio o de renuncia a tomarlas en consideración. Ellas fuerzan a concluir que la traducción oficial del Canon no es una **TRADUCCIÓN DEL CANON ROMANO**, sino una modificación, extracto y compendio de esa Gran Plegaria Eucarística.

Ante este hecho (de cuyos numerosos datos he tratado en el Comentario) el sacerdote que, en una Misa con asistencia de pueblo, quiere escoger y recitar el Canon romano, como muy legítimamente puede hacerlo, se ve en la necesidad de adoptar una de estas tres posiciones y directrices de actuación:

1.^a hacer tabla rasa de las razones pastorales, y rezar el Canon en latín;²

2.^a rezar a disgusto y de mala gana — que no contribuyen al fervor propio y a la edificación de los demás — un Canon pseudo-romano (la traducción oficial), desnudo de gran parte de la nobleza, riqueza y unción del auténtico;

3.^a imitar a otros que, en otro sentido, modifican impunemente textos y ritos explícitamente decretados,³ y, a su imitación, modificar el texto oficial cambiando palabras, restituyéndole relativos desaparecidos, variando modos verbales en sentido contrario a lo hecho por los traductores, etc., etc.

2. Por más que algunos crean y hasta parezca que quieren hacernos creer que el uso de la lengua vernácula es obligatorio, están en un profundo error. Lo único obligatorio, en España, es la lectura en lengua vulgar de Epístola y Evangelio. Todo lo demás está autorizado y no más.

3. Casi una docena de veces en menos de cinco años ha avisado — inútilmente — la Iglesia que nadie, si siquiera sacerdote, añada, quite o modifique nada en la Liturgia. Entre otros documentos, Constit. de Lit. art. 22; Aviso del Secretario del Concilio tras la aprobación de aquella; Discurso de clausura de la II Sesión; Motu proprio *Sacram Liturgiam* 25-1-64; 1.^a Instruc. del Consilium 26-9-64; Cardenal Lercaro en 30-6-65 (en una carta para la que alguna revista española de Liturgia no ha hallado un hueco en que referirla); 2.^a Instruc. 4-5-67; etc.

No juzgo recomendable ninguna de estas tres actuaciones. Pero tampoco sería lógico y justo que, a quienes guardamos para con la Iglesia la sumisión de haber abandonado sin resistencia, y por obediencia a Ella, antiguas pero — para muchos — habituales rúbricas, sin abrazar tampoco las arbitrarias libertades de un pretendido pero falso y libertino “espíritu del Concilio”, se nos quisiese esclavizar, en nombre de esas mismas sumisión y obediencia que otros no observan en materias más graves, a una traducción que no es traducción, a un Canon romano que no es romano, a una desafortunada innovación que, por ser tal, no es la secular plegaria de la Iglesia mantenida invariable durante dieciséis largos siglos.

Hay, cabalmente, una solución fácil para que los sacerdotes que así lo deseemos — y muy legítimamente — podamos rezar el Canon romano en lengua vernácula, a saber: promulgar otra traducción que sea auténtica y verdadera **traducción del Canon romano**.⁴ La “enmendada” que he dado al principio de este artículo (y cualesquiera que sean sus imperfecciones) es una demostración no sólo de que no me he limitado a una labor puramente negativa de crítica, sino — lo que aquí interesa — que es posible llegar a otra traducción de tanto o más castizo castellano que la oficial; más fluida, más rítmica y, sobre todo, mucho más fiel.

Una respetuosa súplica en este sentido me atrevo, desde estas páginas, a elevar al Excmo. y Rvdmo. Sr. Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia de España y a las venerandas Conferencias Episcopales de España y de Hispano-América (CELAM).

4. No se trata sino de adelantarse — con ojo previsor — a lo que fatalmente sucederá. Dentro de unos años (no puedo predecir), alguien “descubrirá” las excelencias del Canon en latín y “descubrirá” asimismo que la traducción oficial del Canon no es tal “traducción”. Darán al traste no sólo con esta traducción del Canon, sino también con las de “Ordinarium” Misal y Lecionarios, y redactarán otras nuevas. Porque si alguno piensa que ha llevado a término una obra definitiva, siento decirle que anda muy engañado. Tanto más cuanto más profese el axioma progresista de que la Historia y el hombre están sujetos a procesos irreversibles e imparables.

Por otra parte, una nueva traducción del Canon no significa implacablemente que no se pueda permitir durante cuatro o cinco años la actual, mientras se da tiempo al cambio de libros.

ANTONIO UDINA MARTORELL, S. I.

31 de Octubre de 1969
XLV Día Universal del Ahorro



Al sumarse tan señalado acontecimiento,
 la FEDERACION DE CAJAS DE AHORRO CATALANO BALEAR
 a través de sus 637 Sucursales,
 brinda una vez más al público de Cataluña y Baleares
 sus servicios de ahorro y crédito

- | | |
|--|--|
| Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Barcelona. | Caja de Ahorros Comarcal de Manlleu. |
| Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros de Cataluña y Baleares. | Caja de Ahorros de Manresa. |
| Caja de Ahorros Provincial de la Diputación de Barcelona. | Caja de Ahorros Layetana. Mataró. |
| Caja de Ahorros - Sagrada Familia - de Gerona. | Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Pollensa. |
| Caja de Ahorros Provincial de la Diputación de Gerona. | Caja de Ahorros de Sabadell. |
| Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Lérida. | Caja de Ahorros Provincial de Tarragona. |
| | Caja de Ahorros de Tarrasa. |
| | Caja de Ahorros del Panadés. |



1969. — EDICIONES ARIEL, S. A., AV. J. ANTONIO, 108. ESPLUGUES DE LLOBREGAT (BARCELONA)